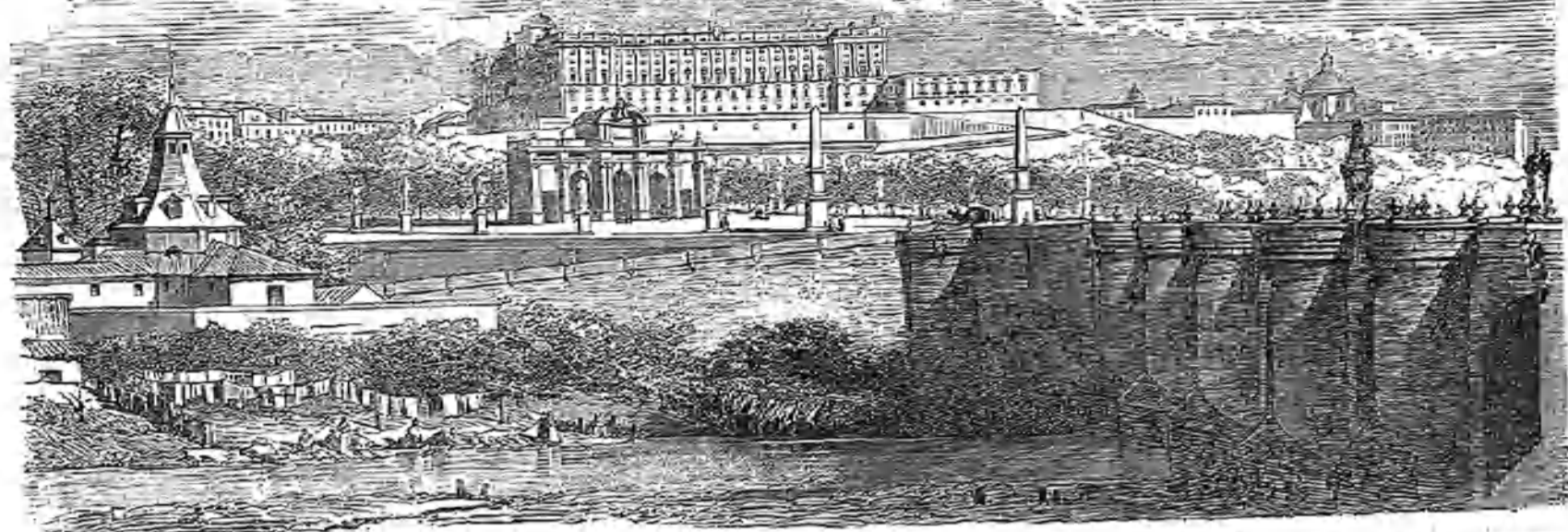


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO II.

MADRID 15 DE MARZO DE 1871.

NÚM. 29.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por X. Y. Z.—La villa de Turégano, por D. Ricardo Villanueva.—Primeros pobladores de España, por D. Carlos Lázaro.—Arqueología cristiana, por D. José Amador de los Ríos.—La Serrana de la Vera (continuación), por D. Vicente Barrantes.—El Atáreo por dentro, por Adriano.—El barco fantasma, novela original (conclusión), por D. Antonio de San Martín.—Lisboa en 1870, por Ross.—Las flores silvestres (poesía), por D. Antonio Arco.—Don Jesús de Monasterio.—Teatros, por D. A. Sánchez Peres.—Códice americano del Sr. Miró.—Decoración del primer acto del drama «Pizarro ó la conquista del Perú» ejecutado en el teatro de la Alhambra el 26 de febrero de 1871.—Silencio (poesía), por D. Julio Monreal.

GALERIAS.—Don Jesús de Monasterio, dibujo de D. A. Peres, tomado de una fotografía del Sr. Julia.—Lisboa en 1870. Interior del palacio de Monserrat (Mister Cook), en Cintra, dibujo de D. F. Pradilla.—Elecciones. Colegio electoral de la Universidad en Valencia, dibujo de D. Manuel Peláez.—Ateneo. Salón llamado de los viajes, dibujo de don J. L. Peláez.—Castillo de Turégano en la provincia de Segovia, tomado desde el S. E., dibujo del Sr. Domec.—La calle de la Casa en Madrid, dibujo de D. F. Pradilla.—Códice americano del Sr. Miró, dibujo de don J. L. Peláez.—Decoración del primer acto del drama «Pizarro ó la conquista del Perú», dibujo de D. F. Pradilla.

ECOS.

Al fin, aunque entrecortadas por los discursos de presentación de varios embajadores y las correspondientes respuestas de otros tantos soberanos, el eco trajo á mis oídos las bases para la Exposición artística é industrial que en marzo próximo se propone celebrar la sociedad El Fomento de las Artes.

Espero que siendo dentro de nuestra propia casa, no perderemos la ocasión de aprovecharlo, como nos ha sucedido con la de Londres.

Minería y metalúrgica; productos fabriles y de artes mecánicas, desde lo más bruto á lo más fino, en democrático consorcio pueden mostrarse al estudio de los teóricos y de los espectadores, á fin de que veamos todos hasta dónde hemos llegado desde que abandonamos los estudios teológicos, y calculemos los esfuerzos que por hacer nos quedan para alcanzar el grado de perfección posible.

La Junta del Fomento ha dado impresas las bases y condiciones de la Exposición, facilitando noticias y allanando el camino á los interesados inmediatamente en sacar partido de su excelente idea. ¡Ojalá sea bien secundada por todos.

También llegaron á mi los deliciosos ecos de Rossini, mortal capaz de expresar con la más apasionada vehemencia todo lo que no le importaba nada. Imposible pa-

rece que tan enterado estuviese de los sentimientos ajenos el que nunca dió muestras de tener ninguno.

También Rossini era un eco.

Por lo demás, fuera del templo, lo confieso: no comprendo la misa. Para mí en la grande obra del masatro no hay más que pormenores musicales; no hay misa.

El público aplaude, y con razón, el génio del artista, el talento de los cantantes, la habilidad de la orquesta; no se lo censura.

Yo salgo de aquella misa con la idea de que he visto representar la comedia titulada *Frenesí de boda sin boda*.

No puedo sacar nada en limpio de lo que el eco repite sobre elecciones; oigo lejanas voces que parecen de triunfo; otras que semejan desesperados ayes; angustias de próximas cesantías; disparos de armas de fuego; rumor de cerrosjos... es menester taparse los oídos: sería viva lástima ensordecer á consecuencia de una algarabía que va tocando á su término.

Cuando se haya hecho el exámen de las cuentas y sucesos electorales podremos apreciar su resultado, en vista de los números que, claros y bien ordenados, publicarán los periódicos de lucha política.

Entretanto, algonosémonos los oídos.

Noches pasadas ví á Valero en *Ricardo Darlington*.

El ambicioso quiere caudal, poder, dominio...

Para alcanzarlo va á combatir rudamente al gobierno.

A punto de dar ya un gran golpe, le compran el silencio.

Cuando en la Cámara, momentos después, le toca el turno de hablar, se le oye decir desde el fondo:

—Renuncio la palabra.

Murmura el público y cae el telón.

¡No es verdad que los espectadores en seguida se representan en su imaginación centenares de semblantes cotidianos!

Pero ¡si esto no me lo ha dicho el eco! Sin embargo, puede que yo mismo haya sido ahora el eco del público.



DON JESÚS DE MONASTERIO.

Si he sabido serlo, y merezco algo por ello, sólo pido al lector que cuando pase por la calle de la Caza, se acuerde del grabado por medio del cual la representamos en este número.

Si el lector es forastero y no ve caza en dicha calle, no le extrañe ni nos tache de poco exactos; que bien puede sucederle alguna vez no encontrar el menor residuo venatorio en aquel trecho, lo cual no redundaría en daño suyo si tiene buen diente; al contrario, antes se alegraría de ello, cuando en lugar de un par de codornices se topara con media docena de terneras.

¡Qué más quisiéramos todos que comprar, por ejemplo, un gorrion, y al volver á casa, despues de buscarlo en vano, nos encontramos con que se había convertido en carnero!

**

Aunque bajito, ha sonado estos días un eco dulcísimo, de timbre en extremo simpático.

García Gutiérrez ha leído un drama que se titula *No-blesa obligada*.

Bien podría ser esta la divisa del autor, acerca de cuyos pergaminos no tenemos noticia alguna; pero de quien es bien notorio que ha sabido ilustrar su nombre al par de los más excelentes.

**

Sé los millones que tendremos que gastar este año. Es una cantidad bellísima para cobrada; monstruo de espantosa fealdad para pagada.

No la digo. Así como así, el saberlo Vds. de antemano, tampoco se les ahorraría un céntimo.

Cierto que despues de lo que he dicho, ya estaría el lector ansioso por saberla...

Si lo hubiese adivinado antes, no hablara de ello. Olvidémosla, creámos Vds., olvidémosla.

Aunque por mí... si tal es el empeño por conocerla... No es que me guste hacermé de rogar; al revés; yo callaba por no anticipar un disgusto; pero ya que el deseo de saber puede tanto, señálo Vds.: gastaremos 2.400.000.000.

**

Despues de pronunciar semejante cifra se adquiere cierta fé en lo infinito.

¡No es verdad!

**

No hare á nadie la ofensa de preguntarle si ha visto violetas.

¡Ahí tienen ustedes! Cuando en la pradera veo mendrar una comitiva de rudos trabajadores que saturan la atmósfera de pestilentes olores de grasa y vino, y profanan el verde césped con todos huesos de chulata y otros prosáicos restos, yo me escandalizo pensando que allí, aplastada por aquellas groseras zancas, malogra su delicado aroma la violeta.

Y al cabo de un rato digo entre mí con enojo: ¡pero no faltaría más sino que por consideracion á las flores no pudiera comer en el campo el pobre trabajador despues de seis días de fatiga!

Soy así.

**

La Cuarentena sigue impertérrica el curso que le marcó el destino.

Los comedores de ostras y los ictiótagos en general, acuden devotamente á Fornos á demostrar que, durante esta temporada, permanecen más que nunca sumidos á los preceptos de la Iglesia.

Nadie da con más buena voluntad ejemplos dignos de ser imitados.

Ma acuerdo á este propósito de una niña que preguntaba á su madre si eran obligatorios los Sacramentos.

—Sin duda, dijo la madre, distraída ó poco enterada.

—Pues bien, mamá, replicó la muchacha; yo he recibido el bautismo, la confirmacion; va creciendo la epidemia; puedo morir... ¿para cuándo dejamos el sacramento del matrimonio?

**

He conocido personas empadronadas con nombre masculino, que escribían artículos de modas.

No sé por qué siempre se me figuró que esto sería causa de alguna tremenda venganza.

No me engañaban mis presentimientos.

Una señora acuña de abrir en el Ateneo una clase de geografía para sus consueños.

Despues de reflexionarlo bien, de todo lo que andan enseñando las señoras, lo más decoroso es la geografía.

**

Fernandez y Gonzalez escribe *Paris subterráneo*.

Figúrense Vds. cuántos fósforos tendría que gastar Fernandez y Gonzalez para ver esos subterráneos.

Es un gran título, porque sin temor de ser desmentido, puede el autor referir todo cuanto se le ocurra, como sucedido real y positivamente en aquellos sitios. Donde le estorbe una pared de tres varas de grueso la suprimirá; donde le convenga un ángulo saliente, habrá ángulo; si le hace falta una abertura sin fondo en el suelo, la tendrá.

Puede ser la mejor novela de tan fecundo escritor. ¡Los subterráneos de París! Es como si hubiese dicho: ¡La mar!

**

A propósito: Arderius está poniendo en escena *El tulipan de los mares*. Barcelona ha gozado las primicias de esa obra, de cuyos elogios supongo ya enterado al público.

El narrador y comentador ordinario de los sucesos teatrales, referirá á los lectores de LA ILUSTRACION DE MADRID el cómo, el cuándo y el por qué de la nueva obra.

Yo únicamente me arriesgo á decir: lleno completo, revendedores en auge, concertante aplaudido, ¡que salga el autor! y Arderius ¡oh, Arderius radiante de monedas!

**

Dos cartas que han mediado entre los emperadores de Rusia y Alemania han venido á dar testimonio de que aún hay finas amistades en el mundo, demostrando cómo florecen los más tiernos afectos en los tronos imperiales.

Las mútuas simpatías de los dos soberanos han trascendido á sus respectivos súbditos: ya no hay áspero coaco que se atreva á desdenar el cariño de la dama berlinesa, ni hay gastador prusiano que no se sienta espaz de enlazarse con la aristocrática moscovita.

El Filadelfiano y el Orestes vistulense han milagruado.

—

Esas dos cartas me hacen esperar que al fin renazca una de aquellas paces tan raras como gloriosas.

Hasta ahora Europa tenía sus destinos puestos á una carta. Desde hoy los tiene puestos á dos.

**

El tercer Bonaparte irá á Inglaterra.

Término fatal de las grandes peregrinaciones bonapartistas.

No me atrevo á imaginar todos los horrores que pueden perseguir, rodear, acosar de día y de noche al que despues de escalar un trono, vive arrojado de él.

Haber sido emperador y sobrevivir al destronamiento, es saber algo de la muerte. ¡Inútil, ó más bien funesta experiencia!

**

Por cierto que al leer en los periódicos los anuncios que dicen: La Juventud Comercial, celebra baile; El Ramillete, celebra baile, etc., se me ocurre que un hombre caído del trono debe suspirar exclamando: ¡dichosos esos que bailan!

Pero si le diérais á elegir entre bailar ó reinar, agarraría el cetro y acto continuo con tono imperativo os diría: ¡baila tú!

—

Afortunadamente, sin necesidad de ninguna real orden, Madrid baila, no sólo en los sitios expresados, sino en Capellanes y en el que fué Buen Retiro, y en la Pradera y en la Virgen del Puerto.

Capellanes se excede á sí mismo, pues el domingo se atrevió á dar hasta dos bailes, y el Ramillete excede á Capellanes, porque el domingo mismo llegó á dar tres.

**

Y diría yo ahora: basta de excesos; pero, ¿cómo decirlo ante un público tan dominguero?

Porque además de dichos bailes, hubo el domingo último la friolera de veinte piezas de teatro, y no de un acto ó dos, sino tales como *El Molinero de Subiza*, *El Tulipan de los mares*, *Ricardo Darlington*, *La conquista del Perú* y *La pasión de Jesús*.

Con esto, y novillos y mogigangas y toros de punta y fuegos artificiales y conciertos y rifas de gallos, á ver cómo me hacen creer á mí que el domingo es día de descanso.

A bien que yo comprendo que descansara el que en seis días hizo el mundo; pero el que hace lo que un español ¡de qué ha de descansar!

X. Y. Z.

LA VILLA DE TURÉGANO.

(SEGUNDA.)

El castillo de Turégano, que se reproduce en este número, es uno de los monumentos de la Edad Media mejor conservados que se encuentran en Castilla, aunque lo está bien poco desgraciadamente.

Si el castillo levantado por el más preclaro conde de Castilla, por Fernan Gonzalez, no se hubiera convertido andando el tiempo, en Iglesia parroquial; si la mezquita erigida por el más grande rey moro, por Abderrahman, no se hubiera convertido en catedral, Córdoba y Turégano ofrecerían un montón más de ruinas que añadir á las que se ven por todas partes, porque en España es muy raro contemplar un monumento antiguo que no esté amparado por el manto real ó la capa eclesiástica.

Y por esto los vecinos de Turégano, suprimida con los nuevos arreglos parroquiales la de San Miguel del Castillo, y temiendo que se aplicara al firme de una carretera la hermosa cantería de esta fortaleza, tuvieron la feliz ocurrencia de dedicar á depósito de cadáveres su preciosa bizantina iglesia, y á cementerio el ancho espacio que cercan sus fuertes y elevadas murallas. Sólo rodeándole de un piadoso respeto podrán conservar el monumento á que debe su nombre y origen tan bonita villa.

Ó si no, pregúntese á la aristocracia qué ha sido de las riquezas artísticas de sus castillos.

Pregúntese á los compradores de las Cartujas, dónde están las preciosidades que encerraban los conventos.

Pregúntese á las municipalidades si conservan y cuidan las antigüedades que se hallan en sus alfoceas.

Pregúntese, por último, al Estado las cantidades que asigna á la restauracion y conservacion de tantísimo monumento como existe en España, ó para la mouda de tantas ruinas como hay desde Fuenterrabía á Cádiz.

Sólo la corona y la iglesia han sido artistas en este país que todo convida á las artes.

Que los pueblos traten de cuidar y respetar sus antigüedades; que arranquen, como ha hecho Sevilla en Itálica, el jaramago que crece sueltamente sobre tanta inscripcion, tanto sepulcro, tanta columna y mosaico tanto, y en vez de lágrimas harán brotar sentimientos entusiastas que pregonen la grandeza que en todas épocas ha distinguido á nuestra querida patria.

Apesar de que los labradores se encuentran de cuando en cuando algunos objetos antiguos hácia el Pinar y la Vega, y apesar del resultado de las excavaciones hechas á mi costa en el Prado Burgo, solamente he podido averiguar que el conde Fernan Gonzalez reconquistó este país é hizo las tres torres de la derecha que ofrecen la vista de los antiguos castillos que se dibujaban en el escudo real, y que, cedida la fortaleza por doña Urraca á los obispos de Segovia, la mejoraron, y extendieron á magnífica iglesia la pequeña capilla que al principio servía, entre los que se distinguió el celebre D. Juan Arias Dávila, de la familia de los condes de Fuñonrostro. Casi constantemente residían allí los obispos, como se prueba por los muchísimos sínodos en la villa celebrados.

En la pet. I de las Cortes de Palenzuela del año 1425 y en las Cortes de Madrid de 1442, se mandó y ratificó que la Audiencia y Cancillería, los seis meses que correspondían á la Castilla de allende los puertos, residiera en la villa de Turégano; y como entonces se mudaba el asiento de la corte para aliviar á los pueblos de las cargas que se les seguían dando pasadas á los oficiales reales, se toma una idea de la importancia que había cobrado la poblacion que se levantó al abrigo de la torre del conde de Castilla, cuando en ella residió por tanto tiempo la chancillería.

Este es la causa de estar fechadas en Turégano, donde residía D. Juan II, las notables contestaciones que tuvo con el Pontífice Romano en el conflicto habido sobre atribuciones de ambas potestades.

Tal era la confianza que este castillo ofrecía á Isabel la Católica, que cuando Fernando I se veía acosado por los portugueses y parciales de la Baltranja, le recomendaba guarecerse en la fortaleza de Turégano, por ser el lugar más apropiado á ese fin hasta recibir refuerzos, y á Felipe II le debió merecer grande seguridad cuando le hizo prision de su estabro ministro Antonio Páez.

Un mercado semanal y una feria anual, acaso la mejor de Castilla, satisficen las necesidades del consumo de la villa de Turégano; la desamortizacion permite á sus vecinos ser los dueños del terreno que labran, comprado con los productos de su laboriosidad y economía, y muy pronto será el primero.

RICARDO VILLANUEVA.

PRIMEROS POBLADORES DE ESPAÑA *

¿Quiénes fueron los primeros pobladores de España? ¿De dónde vinieron? ¿Qué costumbres tenían? ¿Qué grado de civilización alcanzaron? Preguntas son estas á las cuales los más prudentes historiadores han creído satisfacer, diciendo que nada de ello se sabe, y despreciando al mismo tiempo las tradiciones más ó menos admisibles y que acerca del particular encontraron en los antiguos historiadores. Reprensible sistema, por cierto, el de despreciar lo que con certeza no se sabe, ó lo que no se puede probar hasta la evidencia; aunque disculpable hasta cierto punto, cuando en confirmación de los hechos no se encuentran más datos que el dicho de los historiadores, no siempre bastante imparciales ó ilustrados para que sobre su palabra se les crea. Pero el oficio de la crítica no es despreciar sino discutir en presencia de datos. Y una vez que estos faltan, ó buscarlos ó acudir al raciocinio. Mas nada de esto han hecho nuestros historiadores, pues ó han admitido sin distinción cuanto han hallado escrito, ó sin distinción han negado todo lo que se remonta más arriba de los cartagineses.

Cuando los estudios críticos empezaron á desarrollarse en Europa, todas las ciencias, así filosóficas y teológicas como históricas, se pusieron en tela de juicio, echando por tierra todo lo existente para volverlo á reconstruir. Y como entonces la crítica era un arma de partido cuando no era del agrado de los críticos, quedó por falso é insostenible. Este mismo ha sucedido después, y sucederá siempre que la crítica no sea altamente imparcial é ilustrada. Sobre todo en los asuntos históricos de los pueblos primitivos, de los cuales no tenemos más noticias que las comunicadas por algunos historiadores.

Suele acontecer en ocasiones que un descubrimiento inesperado viene á confirmar lo que encontramos consignado en ellos, y de lo que no se cuidaron de dar más seguridades que su palabra, por ser de todos conocidos los hechos sobre que escribían. Esto es precisamente lo que ha de suceder en un día más ó menos remoto con muchos puntos de nuestra historia, especialmente con la de los tiempos primitivos, hoy desconocida ó negada.

Los descubrimientos hechos por el Sr. Inchaurregui en el cerro de la Bastida fueron un gran paso para la historia: si bien es cierto que hechos de esa naturaleza ó quedan aislados y caen en el olvido, ó lo que es peor, se les mira con una glacial indiferencia capaz de atentar al honor de más cosas en trabajar por la ciencia.

El cerro de los Santos, en el reino de Murcia, como aquel, y en el término de Montealegre, es otro paso cuyas consecuencias no me atrevo á apreciar, aunque en mi sentir han de ser muy importantes.

El cerro de los Santos se encuentra en medio de una cañada que corre de E. á O. Su mayor elevación será de unas diez ó quince varas por la parte Sud, por la cual está cortado casi á rajo, y baja con una inclinación de 25° próximamente hacia el Norte, hasta perderse en la cañada. El lado derecho que mira al E. baja sin accidente alguno, al paso que el del O. tiene dos vallecitos que se desprenden desde la mitad del cerro.

Este cerro se llama de los Santos por la multitud de pedruzcos de estatuas de todos tamaños que en él se descubren. Halláase además muchas piedras labradas, pero en tanta abundancia, que cuando los labradores han tenido que hacer alguna obra han acudido siempre por piedra á dicho cerro. Y aunque esto data de tiempo inmemorial, ha sido, sin embargo, una de esas noticias que giran dentro de cierta esfera, hasta que una circunstancia viene á publicarlas.

Pero ¿á qué pueblo pertenecen esas estatuas? ¿Qué civilización las construyó? ¿Con qué motivo vinieron aquí? Esto es lo que yo quisiera explicar cumplidamente, pero no me siento con fuerzas para ello; ni los datos que he podido reunir son bastante para no correr riesgo de incurrir en lamentables equivocaciones.

No será demás, ante todo, decir algunas de las cosas que se han podido extraer, para que en vista de ellas pueda formarse un juicio aproximado, ya que no sea exacto.

En primer lugar, en el cerro de los Santos se descubren recintos cuadrados, uno de cinco ó seis metros cuadrados, y otros que no he podido ya ver, porque los labradores los habían destruido, de un metro cuadrado. Están formados por sillares perfectamente labrados, de un metro de longitud, treinta centímetros de latitud y veinte de grueso. Los sillares están colocados los unos

sobre los otros, sin trabazón de ninguna especie. El suelo sobre que descansan las paredes es de tierra caliza, yeso y arcilla apisonados. La altura de las paredes es de cuatro sillares, y los de la línea superior tienen una cornisa casi por completo destruida. De modo que, en los que he visto fuera, no he podido apreciar la clase de molduras que la formaban. Dentro de estos recintos, muchísimos pedruzcos de piedras labradas, y bastantes pedruzcos de tazas y otros vasos de hermosas formas y de varias especies de barro. Los hay negruzcos, otros del color del barro cocido, y algunos cubiertos de barniz azulado muy consistente y también pintados de encarnado y amarillo, conservándose bien los colores. Hasta ahora no he visto en ninguno, ni signos, ni letras.

A un lado del recinto principal se ha hecho una de las excavaciones, y de ella se han sacado los siguientes objetos: dos pedruzcos de asta de toro calcinados, muchos cuernecitos de cabrito, unos calcinados, otros no; un cuernecito, como de cabrito, de barro cocido; dos mandíbulas, como de cabra ó de perro; muchas pedruzcos de hueso que parecen de la misma procedencia; muchos fragmentos de vasos de barro; puntas de pica, como los cinzos que se usan aún en algunos puntos de España, y que consisten en un cono de hierro, hueco por dentro, para introducir en el asta hierro de lauxa de varios tamaños, pero de la misma figura; fragmentos de un hueso de forma triangular y de un centímetro próximamente de grueso; otros pedruzcos de hierro que no puedo determinar lo que son, y que están formados como lucas ó manojos de clavos; los más largos son de un decímetro, aunque es verdad que no creo haya salido alguno entero; una laminita de cobre de un centímetro de longitud y medio de latitud; una visagra de cobre formada por una lámina doblada y sujeta por tres clavitos de alambre; falta el eje sobre que giraba, y que probablemente era de alambre grueso.

Entre el recinto y la cañada se ha practicado otra excavación, y de ella han salido una multitud de trozos de estatuas, pero ninguna entera. Abundan principalmente las cabezas y las extremidades. Pica no se encuentra ninguna, por llevar todas las estatuas traje talar. Parece ser que están destruidas de intento y que las dividieron en tres partes, la cabeza, de las rodillas abajo, y lo demás del cuerpo; pero de esta última parte no se encuentra ninguna entera, y si dividida en muchos pedruzcos pequeños. La ejecución en algunas es admirable; tienen, sobre todo, en las cabezas y adornos un trabajo sumamente prolijo y delicado. Cabezas descubiertas por completo, sólo se han encontrado dos ó tres, una con el cabello rizado, y otra ensortijado; esta parece cabeza de un negro africano.

Las caras son pequeñas y abultadas; los ojos grandes y abultados; los párpados bastante gruesos, la nariz, pequeña y fina, mirándola de perfil forma con la frente un arco de 90° próximamente, porque el entrecejo es más bien saliente. Los labios finos, las bocas pequeñas y cerradas, la barba pequeña, redonda y algo saliente. Ninguna se ha encontrado con pelo de barba. Las orejas muy grandes, muy mal hechas y colocadas en la línea de los ojos ó aún algo más; casi todas llevan aretes.

Las manos es, después de las orejas, lo que está peor trabajado. Los dedos son todos iguales, muy largos y sin articulación. Suelen llevar un anillo, y algunas uno en cada dedo de la mano izquierda.

Los pies todos calzados; los de una figura terminan en punta prolongada; los de las restantes en punta cuadrada. Una figura tiene una especie de botín muy abultado sobre el mismo calzado; éste no se puede distinguir qué es.

Por los pedruzcos de estatuas que se han podido reunir, pueden reducirse estas á tres clases, según su traje y postura. La primera, y en mi juicio la más interesante, por su ejecución y admirable trabajo, por la variedad y multitud de adornos, y por lo que tal vez representa, no indica ninguna variedad de especies. A esta clase corresponde la figura entera que se ha sacado en perfecto estado de conservación, por lo que describiendo ésta quedarán descritas todas las demás. Está colocada sobre un pedestal liso y cuadrado que será la sexta parte de toda la figura. Su vestidura interior es una túnica que baja hasta los pies y termina en un fleco de cordones perfectamente hechos. Sobre esta túnica tiene un manto que debe ser semi-circular, pero de un radio mucho mayor que la altura de la estatua. Las manos de la figura están delante del pecho sosteniendo un jarrito, y el manto echado sobre la espalda, formando muchos pliegues horizontales. En cada uno de los extremos tiene una gran borla, y estos extremos, en vez de caer al suelo, enben por la parte exterior de los brazos á caer entre estos y el pecho, formando pliegues asimétricos. En la cabeza tiene una toca que la caen muy plegadas al

homero. Por uno y otro lado caen unos flecos que parten de una especie de escarapela redonda que tiene á uno y á otro lado de la cabeza. Por último, completan el adorno tres magníficos collares que le caen sobre el pecho, y una especie de cinturón que se la vé detrás del jarrito que sostiene en las manos.

La segunda figura es más sencilla, sin que por eso deje de ser muy interesante por el aspecto que presenta. De los trozos que se han podido reunir aparece que estas figuras están completamente cubiertas. No se vé de su cuerpo otra cosa que la cara, los dedos de la mano derecha y las extremidades del calzado. Llevan en la cabeza un birrete, que es una tercera parte ó más de la altura de la estatua. Este birrete es una pirámide cuadrangular en unas, en otras es un trozo de pirámide de la misma forma, pero fijo á la cabeza por la base menor; mas en la mayor parte es una tiara persa ó india, casi de la misma forma que las usadas por los Sumos Pontífices. El manto aparece como si les cubriera el birrete, aun cuando en él no forma pliegues, pero los que forma son innumerables. Los deja apenas descubierta la cara y una parte del pecho. En éste no se descubre ningún adorno. A esta clase de figuras pertenece la que lleva las letras. El brazo izquierdo está completamente cubierto por el manto. El derecho también, pero su mano recoge en la cintura las extremidades del manto formando innumerables pliegues.

La tercera es la más numerosa. No ha sido posible hasta ahora reunir una estatua de los infinitos trozos que se encuentran. Pero por lo que se puede colegir de los que se han encontrado, estas estatuas eran de métrica importancia, pero tienen más gracia y esbeltez que las demás. La cabeza la tienen cubierta con un casquete que les ajusta perfectamente. Este casquete les ocupa desde la mitad superior de la cabeza hacia atrás todo lo que ocupa el cabello. Desde la mitad superior de la cabeza hacia adelante tienen dos zonas ó franjas iguales de flecos que llegan hasta la frente. El fleco en unas es de cordones sueltos, en otras se unen de cuatro en cuatro, formando dos ángulos, uno dentro de otro; las dos inmediatas forman el ángulo interior, y las dos próximas á estas el exterior; una tiene un gorrito como los que hacen en algunas cárceles y que suelen usar los tahoneros en muchas poblaciones de Castilla. Solas dos no tienen cubierta alguna. No puedo decir si pertenecen ó no, á esta tercera clase de estatuas. El vestido es una túnica sin pliegues, bastante ajustada al cuerpo, aunque éste no presenta sus formas. En el hombro izquierdo tiene una hevilla en forma de martillo que sujeta una banda ó manto pequeño, el cual cae ensanchándose por el pecho y por la espalda, sin duda á parar debajo del brazo derecho. Los brazos de esta figura están completamente desnudos. Presentan formas morbidas, pero ninguna musculatura. En el brazo tienen un brazalete, y en la muñeca una pulsera enrollada en espiral de una sola vuelta. En la mano derecha llevan una copa, por lo que se puede colegir, pero cuya parte inferior termina en punta; una mano derecha se ha encontrado que tiene un tamborcito sujeto entre los dedos por la parte inferior.

Pero ¿de qué época son estos importantes restos? Difícil es determinarlo. Así como el pueblo acostumbra á ver estas cosas atribuídas á los moros, del mismo modo las personas ilustradas han atribuido á los romanos todas cuantas antigüedades se han descubierto entre nosotros. Por esta razón apenas se ha estudiado cosa alguna sobre los restos de civilización primitiva, que tan abundantes son entre nosotros; y esta falta de estudio hace más dificultoso el explicar los que se encuentran.

No obstante, podemos desde luego asegurar que los monumentos descubiertos en el cerro de los Santos son muy anteriores á la venida de los romanos á nuestra Península. Aún más: creo que cuando los romanos pisaron nuestro país, no existía el pueblo que los había construido.

Es cierto que los labradores se han encontrado algunas, que por las señas que dan de ellas son indudablemente romanas, y ahora se ha descubierto una, que es romana, y probablemente de Cartagena, porque por un lado tiene una cabeza de guerrero con casco griego ó cartaginés, y por otra una figura desnuda sobre un pilar, y estas cuatro letras: C. V. I. N. (*Colonia Victoria Julia Nova*), dos á un lado y dos á otro del pilar. Pero esta moneda, como todas las demás que se han encontrado, están en la superficie, y pueden provenir de alguna población antigua de las inmediaciones.

También una de las estatuas, sólo una, tenía unas letras grabadas sobre el pecho, que por lo que he podido colegir eran estas: E. L. V. C. N. E. De estas letras sólo la C y la N se distinguen bien, las demás no es fácil

* La abundancia de original no nos ha permitido publicar hasta hoy este artículo que tenemos en nuestro poder hace algún tiempo.



LISBOA EN 1870.—INTERIOR DEL PALACIO DE MONSERRAT (MISTER COOK), EN CINTRA.

determinarlas. Mas yo opino que en el caso de ser las letras de la época misma que la estátua, más bien que letras son signos. Y caso de que sean letras son posteriores á la época de la construcción de estos monumentos, en cuyo caso me parece que se pueden hacer dos suposiciones. La primera, que esta escritura era la de estos pueblos, y que pudo muy bien venir á España por el mismo conducto que fué á Italia muchos años ántes que Roma existiera. La segunda es que si esta escritura es romana, la puso en la estátua, abandonada ya, una mano extraña, y por consiguiente nada tienen que ver las letras con la escultura, porque si fueran coetáneas se encontrarían algunas inscripciones, y hasta el presente no ha parecido ninguna.

Ademas, el traje de las esculturas no es romano, los tipos tampoco lo son; y lo más principal que no se encuentra una sola inscripción en todos los alrededores.

Sabido es que los romanos, ambiciosos en extremo y amantes excesivamente de gloria, donde quiera que ponían el pié levantaban firmes construcciones, capaces de desafiar al tiempo, y sembraban de inscripciones el terreno que pisaban. Pues bien, en el cerro de los Santos nada de esto se encuentra: ni una pilastra, ni una lápida, ni una columna, ni una letra, ni una pared consistente. Dicen los labradores que hace bastante tiempo sacaron una columna de tres varas de longitud y casi una de grueso, pero era salomónica, género que jamas usaron los romanos. En una palabra, hasta echar los ojos sobre cualquiera de los objetos exhumados para convencerse plenamente de que *no es romano*.

¿Será griego por ventura? Tampoco. Es cierto que los griegos colonizaron, según se dice, las costas del Mediterráneo; pero lo más que pudieron hacer fué fundar alguna que otra ciudad, y no pueblos enteros; y que las

colonias de entónces serian con pequeña diferencia como las de ahora, establecimientos comerciales.

Ademas, los griegos, por sus costumbres libres y algun tanto libertinas, conocian bastante bien el natural humano, como lo revelan las obras que nos han dejado. Y en las estátuas del cerro de los Santos, al paso que presentan una admirable ejecución en los adornos, revelan una completa ignorancia del cuerpo humano. Los griegos usaban barba, y ninguna de estas estátuas la tiene. Los griegos y lo mismo los romanos solian usar la cabeza descubierta, y de estas son rarísimas las que la tienen de esa manera.

Si estos restos fueran de origen griego se encontrarían, ó estátuas, ó relieves alusivos á la religion, y aquí nada se ha descubierto que tenga relacion con la mitología griega ni romana.

Es, pues, evidente que ni á griegos ni á romanos se

Deben estos notabilísimos restos de civilización primitiva.

Fáltanos averiguar si esto se debe á cartagineses ó á fenicios.

(Se conchetró).

CÁRLOS LAXALDE.

y letras bajo el nombre de *Renacimiento*, atrajo, como natural consecuencia de los estudios, toda la atención de los doctos la historia de la antigüedad clásica.

Destruídas por el hierro y la tea de los bárbaros las maravillosas fábricas arquitectónicas, orgullo y gloria de Grecia y Roma; despedazadas las magníficas estatuas y portentosos relieves en que habían pretendido inmortalizar sus dioses y sus héroes; esparcidos por todo el

llados al par, los más levantados ingenios del siglo XVI llegaron á olvidar la civilización de los tiempos medios, no sin calificar en masa las producciones de sus artes y sus letras con el injusto y duro título de *bárbaras*.

Grandes fueron los daños que esta sistemática y ciega condenación produjo á la verdadera ciencia histórica. Mas como no es dado á los esfuerzos de todos los sábios de la tierra hacer incontrastable y perpétuo el imperio de



ELECCIONES.—COLEGIO ELECTORAL DE LA UNIVERSIDAD EN VALENCIA.

ARQUEOLOGÍA CRISTIANA.

ICONOGRAFÍA.

NIMBOS Y AUREOLAS SAGRADAS.

ORIGEN Y USO DE ESTOS SIGNOS.

INTRODUCCION.

Hace ya cuatro siglos que la ciencia arqueológica ilustra con irrefragables monumentos todo linaje de tareas históricas, ensanchando cada día la órbita luminosa de sus especulaciones. Elaborado lenta y difícilmente desde la centuria XIII.^a aquel prodigioso desarrollo de la civilización occidental, conocido en la historia de artes

mundo ó hundidos en las entrañas de la tierra los prodigiosos y abundantísimos frutos de sus artes industriales, aptos no ya sólo para satisfacer todas las necesidades de la vida, sino para saciar también, así las ostentosas exigencias del más arrogante poderío como los mudables antojos del más refinado sibaritismo, había llegado á difundirse sobre la civilización helénica y la civilización romana la más dolorosa oscuridad, durante los tiempos heroicos de la Edad Media. Disipada al cabo, merced á los repetidos y concertados esfuerzos de aquella esclarecida milicia capitaneada sucesivamente por varones tan respetados como Dante y Petrarca, Giotto y Cimabué, Bruno de Arezzo y Lorenzo de Médicis, Bramante y Buonarroti, Chirlandajo y Urbino, Ariosto y Tasso, fué tal y tan viva la luz que despidieron sus inmortales ruinas, que, deslumbrados por ella y avasa-

sus preocupaciones científicas ó literarias; como es ley superior de la historia el mostrarse toda entera, y existen con frecuencia los fundamentos de su más esencial armonía allí donde la presunción de los doctos pensó tal vez descubrir absoluta contradicción ó semejanza, tras la época del exclusivismo arqueológico, que tan arbitrariamente había condenado al universal menosprecio á la Edad Media, apareció la edad de su estudio, no ménos útil en verdad para las presentes generaciones, pues que sin él carecerían de recta y fundamental explicación los tiempos modernos.

Pero la arqueología de la Edad Media, esto es, la arqueología cristiana, recorriendo inmensas y desconocidas regiones, no sólo iba á vindicar á la ciencia histórica del agravio que la habían inferido los classicistas del siglo XVI, sino que debía descubrir y poner en total evi-

dencia los lazos, tan íntimos como numerosos, que la unían con la arqueología gentilicia. Tan luminoso resultado, que era por una parte elocuentísima condensación de los errores ultra-clásicos y confirmaba por otra el trascendental principio de que no es lícito, como todavía pretenden fáciles ingenios, establecer á capricho el divorcio y el antagonismo de los tiempos históricos, se obtenía á la vez bajo multiplicadas é importantísimas relaciones. Los monumentos del arte cristiano, ora tomase este por instrumento la arquitectura, la estatuaría ó la pintura, ora la poesía ó la elocuencia, en cuanto se fijaban sus creaciones por medio de la escritura; las producciones de las artes industriales, ya satisficiesen en público ó en privado las necesidades de la vida social, ya atendieran á llenar, con más altos fines, las prescripciones de la vida religiosa; las manifestaciones, en fin, de las costumbres, que en maravilloso conjunto iban sucesivamente caracterizando la nascente civilización cristiana, todo ostentó á vista de los exploradores de aquel campo vírgen todavía el sello de una procedencia legítima, que buscaba sus fuentes en la antigüedad clásica, ligando en indeclinable y natural sucesión todos los elementos de la humana cultura.

Léjos, pues, de ser antagonista á la arqueología gentilicia, léjos de justificar el irreflexivo y anticientífico título de *bárbaros*, con que fueron designados sus más preciosos monumentos, fundaba y establecía sobre sólidas bases la arqueología cristiana la más perfecta armonía en el conocimiento y apreciación de los monumentos clásicos, sobre los cuales se reflejaban, con no vacilante luz, la pureza y la verdad de sus especulaciones. Fué desde aquel solemne triunfo, alcanzado no sin portentosos esfuerzos por la ciencia arqueológica, un hecho universalmente reconocido, y consagrado después por los más ilustres historiadores, que en vez de ser debida á la nueva civilización, levantada sobre el Gólgota, la ruina de la civilización del antiguo mundo, habíase mostrado aquella generosa y solícita para recoger y salvar en medio de la espantosa decadencia, que precipitaron los bárbaros, las más preciosas reliquias de las artes y de las letras, purificándolas y santificándolas.

No es, en efecto, posible dar paso alguno en el examen de los monumentos cristianos de los primeros siglos de la Iglesia, sin que tenga esta verdad nuevos y brillantísimos comprobantes. Ya dirijamos nuestras miradas á la amplísima esfera de las bellas artes, de cuyas inspiraciones viven y se alimentan todas las industriales; ya las fijemos en la no menos dilatada de las costumbres, que procura la misma Iglesia limpiar de toda superstición y mancha de gentilismo; ya las llevemos finalmente al interior de las catacumbas y de las consagradas basílicas, para contemplar en ellas los nascentes ritos y ceremonias del culto cristiano, siempre nos enseñan con plena evidencia los monumentos arqueológicos, que sería temerario y de todo punto estéril el empeño de estudiar y dar á conocer las artes, las costumbres sociales y aun la vida íntima y religiosa del cristianismo, olvidando aquella superior unidad de la historia, que, á despecho de las mayores catástrofes de los imperios, y en medio de las más radicales transformaciones de la civilización, constituyen en legítima herencia de unas generaciones las conquistas por otras realizadas.

I.

Y no hablan en verdad con poca elocuencia en este gran proceso histórico los objetos arqueológicos que nos inspiran hoy estas sencillas consideraciones.—Son los *NIMBOS*, *DIADEMAS* y *AUREOLAS* en el mundo del cristianismo el signo más caracterizado y conspicuo de la divinidad, exornando con va ladas formas, no ya sólo las representaciones del Padre y del Hijo, ora simbólicas, ora directas, sino también las de la Madre Jesús, las de los apóstoles y evangelistas y las de los mártires y los santos. Nada más propio, más constante, más obligado é imprescindible en la iconografía cristiana; y, sin embargo, necesario es ir más allá del gran drama del Calvario, para descubrir entre los pueblos gentilicios del Oriente el origen y uso de los *nimbos*, *diademas* y *aureolas*, y su derivación á las regiones occidentales, hasta que con el tado adoptados por la Iglesia en el solemne momento de su triunfo.

Quiéren, en efecto, muy doctos arqueólogos remontar el origen de los *nimbos* á la cuna misma de la idolatría. Para ello aseguran que los círculos de oro que primeramente rodearon las cabezas de los ídolos, estaban hechos á semejanza de los discos del sol y de la luna, conforme al efecto producido por los rayos de luz arrojados por ambos planetas, á quienes desde las edades primitivas habían tributado ardiente culto la gratitud y la admira-

ción de los hombres; borrada en parte ó extraviada la noción del Dios verdadero. Asientan otros, no partiendo ya de una hipótesis más ó menos racional, sino fundando su opinión en irrecusables monumentos, que fué debida á los egipcios, etíopes y persas aquella religiosa costumbre, pasando después á los fenicios y á sus numerosas colonias.

Más conveniente es consignar desde luego que no se limitó esta manera de consagración á la divinidad, cualquiera que fuese en los expresados pueblos la forma en que era concebida y representada. Elevados á la pública adoración los semi-dioses y los héroes en aquellas lejanas edades, designados en la historia de la humanidad bajo el nombre de tiempos hieráticos, aspiróse en todas partes á determinar en sus estatuas, así la sublimidad de su origen sobrahumano, como la excelencia de la gloria, que les habían conquistado sus hazañas y sus virtudes; y fueron las cabezas de los semi-dioses y de los héroes exornadas de nimbos, diademas y coronas, como lo habían sido las de las primeras divinidades.

Débil siempre la humanidad y siempre inclinada á rodear de los resplandores de lo maravilloso y lo divino á cuanto la sojuzga con fuerza irresistible, ó la arrebatada y deslumbrada con luz extraordinaria, no se detenia en esta suerte de apoteosis otorgada á los semi-dioses y á los héroes. Envolviendo en las nieblas de lo desconocido la cuna de sus primeros reyes, no tardaba por cierto en atribuirles el mismo origen preternatural que había concedido á los semi-dioses, hijos del comercio, hábito frecuente de las deidades celestiales y de los hombres; y dado ya este paso, consecuencia natural é inevitable fué para aquellos pueblos el exornar las estatuas y representaciones de sus reyes, deudas de las coronas y diademas, con los sagrados nimbos y aureolas: «Fueron los primeros que pensaron en atribuir estos delirantes honores, no sólo á los dioses, sino también á los varones ilustres y á los reyes (escribe el diligentísimo Gori) los egipcios, los etíopes, los persas y los fenicios: porque á su imperio y gobierno están sujetos los demás miembros corpóreos, y porque en ellas reside por obra divina la mente humana, como insignia de suma excelencia y asiento de potestad y de virtud, adornaron sus cabezas de círculos radiantes y diademas (*radiatis circulis et diadematis*).

Andando los siglos, y esparcidas en las regiones occidentales los elementos de la cultura oriental, recibieron los etruscos de egipcios y fenicios el uso y aplicación de los *nimbos* y *aureolas*, así como aceptaron también el empleo de las *coronas*, según ampliamente comprobamos en nuestro libro del *Arte latino-etrusco en España y las coronas de Guarrasar*, descubiertas en 1868. «Y porque los etruscos (observa el ya citado Gori) excedían á egipcios y fenicios en ingenio y sagacidad, aumentaron y ampliaron aquellos ornatos de la divinidad con muy esplendorosos y exuberantes aditamentos, como lo prueban numerosos ejemplos (de dioses y diosas).» Así, pues, aquel pueblo, que tan señalado lugar alcanza en la historia de las artes—emulando la gloria del nombre griego y apareciendo cual predecesor y aun maestro del romano—conaturalizaba en las regiones centrales de Europa la noción religiosa de *aureolas* y *nimbos*, que tomaba al propio tiempo carta de naturaleza en el archipiélago helénico.

Grande había sido entretanto la influencia ejercida en la civilización griega por la cultura de los Faraones, como han reconocido desde la más lejana antigüedad doctísimos historiadores y atestiguan de un modo concluyente innumerables monumentos. De los egipcios tomaban los griegos, en esta marcha progresiva del Oriente hácia el Occidente, el conocimiento de aquellas peregrinas presas, que iban á desnaturalizar en cierta manera la primitiva austeridad de sus representaciones teogónicas. Moderados por extremo, así en el vestir como en el exornar las estatuas de sus dioses, habían resistido largo tiempo la fastuosidad de los orientales, consistiendo precisamente en esta modesta cuanto elegante sobriedad el sello característico de su estatuaría. Como signo de suma poder y de augusta majestad sólo habían coronado la frente de sus deidades de robustos *cuernos*: Júpiter primero, tal vez á imitación del egipcio Serapis, y después Marte, Baco, Diana y Pan, habían aparecido en sus más renombrados simulacros ennoblecidos de tal arte, no sin que la admiración, sagendada por las portentosas hazañas de los reyes, ó la adulación, nacida en el deseo de métricas personales, dejaran discernir ó tributar á muy distinguidos príncipes iguales honores.

Trocábase estos, durante el siglo de oro de la cultura helénica, por desusado aparato decorativo; y mientras el arte de los Metágenes aspiraba á enriquecer los templos de Júpiter y Apolo, Minerva y Diana, con las deslumbradoras maravillas orientales de la *pintura policroma*,

realizaba el arte de los Fidias análoga conquista, cubriendo de oro y marfil las soberbias estatuas de aquellas mismas divinidades. Ornadas de multiplicadas representaciones (*pharinx simulacra*), y de exquisitas piedras preciosas, brillaban también sobre sus cabezas muy ricas diademas y coronas, ó resplandecían muy ostentosos *nimbos*. Ofendido tal vez el sentimiento religioso de los griegos, buscaba explicación ó disculpa á esta suerte de profanación de sus deidades y á este olvido y menosprecio de su pristina sencillez, invocando la casi sagrada autoridad de Homero: el inmortal poeta no sólo había rodeado la cabeza del Padre de los dioses de un círculo flamífero, que simbolizaba su absoluto imperio sobre lo criado, sino que había también representado á Pallas circuyendo la cabeza de Aquiles de una nube de oro, cuyo atéreo esplendor se dirigía al cielo, mientras ascendía la diosa al Olimpo (*Iliada*, lib. iv).

Arraigado en el suelo de Italia el uso de los *nimbos* y *aureolas*, no ya sólo por la adopción que de ellos hicieron los etruscos, sino también por la más reciente verificada por los helenos, dueños de la isla de Sicilia y de la Magna Grecia en la península itálica, no era por cierto de extrañar que lo recibiesen los romanos. Persuadido así, cuando auténticos é incontestables documentos no lo enseñaran, el singular carácter de la cultura, que llevó sus armas y su imperio á todos los confines de la tierra. Roma, según se ha repetido con dolorosa exactitud, desde los tiempos de San Jerónimo había abierto las puertas del Capitolio á todas las divinidades de Oriente y del Occidente, imaginando ligar con semejante lazo todas las nacionalidades vencidas ó aniquiladas por sus legiones; y al realizar este pensamiento político, que la presentaba á la faz de los pueblos, avasallados á su imperio, desposeída de toda religión, no podía en modo alguno rechazar los ritos y costumbres de aquellas multiplicadas teogonías, como no podía desear tampoco sus especiales representaciones *teológicas*. Los romanos, pues, ora siguiendo el ejemplo de los etruscos, afeaz en repetidas ocasiones; ora imitando á los griegos, á quienes vieron cual maestros en artes y en letras; ora, en fin, cediendo al general influjo que dió aliento á su nacionalidad y precipitó al postrer la ruina de su poderío y de su cultura, después de haber intentado sublimar sus deidades con el atributo de la fuerza y de la majestad, simbolizado en los *cuernos*, cargaron las cabezas de los ídolos de diademas, dobles coronas de oro, ténias, vitas (festones, guirnaldas), círculos dorados y *nimbos* flamíferos ó radiantes, cual muestran al par numerosísimos monumentos de la estatuaría, la glyptica, la anaglyptica, y la cerámica.

Más así como en los pueblos orientales habían revestido la gratitud ó la lisonja de estos signos supremos de la divinidad á los llamados semi-dioses, á los héroes y á los reyes, así también, derrocada la República y levantados los Césares, ya por la adulación de sus cortesanos, ya por su propia soberbia, á la categoría de los dioses, no tardaron en admitir ó exigir, entre los atributos de su desvanecido cuanto ilimitado poderío, aquellas sagradas insignias. La toga triunfal (*trabea triumphalis*), las hachas consulares (*fasces consulares*), las sillas curules (*sedes curules*), la *mappa*, el cetro (*sceptrum*, *scipio*), el régio escabel (*suppedaneum regale*), y los demás ornamentos personales de los Césares hallaban digno complemento en las coronas, en las *aureolas* y en los *nimbos*, *illa lux divinum verticem clara orbis complectens*, según la gráfica expresión del panegirista de Maximiano.

Por estos senderos llegaba, pues, á la edad del cristianismo el uso de las diademas, coronas, *AUREOLAS* y *NIMBOS*, cual atributo de la divinidad y emblema de la majestad y del poder supremo. ¿Lo adoptó la Iglesia desde los primeros tiempos de la predicación apostólica? ¿Recibió aquellos signos en la misma forma con que los había empleado el gentilismo?—He aquí las principales cuestiones que saltan á la vista, recorrido ya, aunque sumariamente, cual dejamos verificado, el largo camino que nos lleva á descubrir los orígenes de esta inmensísima parte de la *Iconografía cristiana*. Procuremos, pues, para no fatigar á los lectores, resolver ambas cuestiones con la exposición gráfica de los más autorizados y auténticos monumentos, en el siguiente artículo, no sin ensayar al propio tiempo la clasificación arqueológica de las aureolas y los nimbos cristianos, conforme á la enseñanza que de los referidos monumentos se desprenda.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

LA SERRANA DE LA VERA,

COMEDIA DE LOPE.

(Continuacion.)

LEO. Yo no he de estar en Plasencia mientras esto se averigua. Las botas me he calzado, la saya corta que ves, que honestamente los piés muestra deste y de aquel lado. Esta espuela, este sombrero son para irme al monte.

LUIS. Tente, que en ocasion tan urgente es crueldad.

LEO. Allí te espero.

LUIS. Sin tí me dejar, Leonarda, en tan extraña ocasion?

LEO. No espere más galardou quien mal la palabra guarda. ¡Hola!

AVEND. (Entrando.) ¡Señora!

LEO. ¿Está ya ensillado el Andaluz?

AVEND. Sentido está de la cruz.

LEO. ¿Puede salir?

AVEND. No podrá.

LEO. ¿Y el Rosillo?

AVEND. Está clavado.

LEO. ¿Pues qué ensillan?

AVEND. El Tordillo.

LEO. ¿Con qué aderezo?

AVEND. Amarillo sobre cuero de venado.

LEO. Dame, Avendaño, la espada.

AVEND. Cuchillo de monte había.

LEO. No es, Avendaño, este día para guarnicion dorada *.

LUIS. ¿Que está intentas?

LEO. Esto intento.

LUIS. Mira, hermana...

LEO. ¿Qué es mirar?

LUIS. Hombre eres.

LEO. Adios, Adios.

LEO. ¿Quién va allá?

LEO. Nosotros dos.

LEO. Toma estribo.

LEO. ¿Qué es tomar?

LEO. ¿Será nueva maravilla subir sin él?

LEO. ¡Gran blason!

LEO. Basta que toque el arzon para ponerme en la silla.

LUIS. Espera.

LEO. No puedo más.

LUIS. Oyeme.

AVEND. ¡Cólera fiero!

LUIS. Veréte partir si quiera.

LEO. ¡Adios, casa!

LUIS. ¡Al fin te vas!

Ese *adios casa!* tan enérgico y tan propio, muestra claramente el propósito de Leonarda, no bien desarrollado en toda la escena, que parece escrita con demasiada precipitacion y sin comprender el partido que de sus situaciones podía sacarse.

La que sigue á ésta es por todo extremo peregrina. Como si dijéramos debajo de la presidencia del capitán Andrada, júntase un tribunal de honor, para fallar sobre el punto que trae á las más nobles casas de Plasencia divididas. No ménos lo aparecen las opiniones. Hay quien piensa que lo hecho con D. Rodrigo es traicion, y disertase largamente sobre las calidades que distinguen á la traicion de la alcovista. Hay, por el contrario, quien sostiene que el afrentado es D. Carlos, porque á él iban dirigidos los palos que D. Rodrigo recibió, y por último, hay quien proponga para concertar los pareceres desagráviando á las familias, que Leonarda case con D. Rodrigo, en pena de haberle afrentado su hermano, á lo que se oponen Fulgencio y Pineo, autores de la discordia, dando por disculpa el primero una que recuerda el juicio de Salomon.

Hágoles, si no lo entiendes, porque es don Carlos mi amigo. Si es afrentado por Dios

* Esta escena tan vigorosa, tan pintoresca y dramática, decase grandemente por un error fisiológico de Lope, que hace á su dama, en medio á tales arrebatos de pasion, ocuparse en cosas menudas é inverosímiles. ¿Daria gusto así á los mosqueteros del teatro, al necio vulgo que le hacia hablar en medio algunas veces?

A punto de montar á caballo, se vuelve Leonarda á los criados, preguntándoles:

LEO. ¿No hay mochila?

CRIBADO. Ya está envolviendo Carmila lo que has de llevar allá.

LEO. ¿Qué llevo?

CRIBADO. Un gentil jamon de Alcántara.

LEO. ¿Con qué hambre lo comes! Y qué hay hambre?

¡Dadas observacion en boca de mujer y en tal momento!

y si el casarse es remedio, ¿qué ha de partirse por medio y casalla con los dos?

A solas ya el galán de Leonarda con su criado Galindo, aprendemos que éste le entregó una carta de su amo en el momento en que montaba á caballo la amazona, y signese dibujando con gran vigor el carácter de ésta.

CAR. ¿Has sabido en qué paró el enojo de Leonarda?

GAL. Jamás de ardiente bombardá colado hierro salió entre el polvoría y el taco, como de su boca allí salió mi— Véteme de aquí, "desvergonzado vellaco." ¿Luego no tomó el papel? ¿Qué es papel? A estar me quedo creo que en palos y miedo te trujera el porta del, porque alzando la baqueta con que el caballo regia, sino se empina, hoy tenia lindos guantes la estafeta.

CAR. ¿Que es caballo? (Triste yo)

GAL. Tú tienes gentil despacho. Vestida de marimacho con seis podencos salió, un azor y dos criados, que Avendaño y Carpio son, á un tordillo brion batiéndole los costados.

CAR. ¿Dónde?

GAL. Tres leguas de aquí, hácia Garganta la Olla, y no sé qué de una polla, capon y jamon o; de donde vengo á entender que hará más que noche allá.

CAR. Galindo, ensilla Jazmin.

GAL. ¿No vas armado?

CAR. ¿A qué fin?

GAL. ¡Ah! Que vas en la demanda del gigante Fierabras.

CAR. Anda, loco, que es mujer.

GAL. Yo del monte he de volver con linda leña detras.

Abandonemos á las otras damas, envueltas en su diabólica intriga, que enmaraña más y más el capitán Andrada, queriendo obligar á Estela á casarse con D. Rodrigo, sin respeto á cierto abrazo que Teodora había de éste recibido en público, y dando ocasion á que la agraciada con una sutileza propiamente femenina, crea á piés juntos ya el enredo de Fulgencio, y crea que D. Luis, de acuerdo con D. Rodrigo, para zafarse del compromiso de casar á su hermana con D. Carlos, imaginó el arbitrio de los palos, donde surge otro punto de honor que aparta de la intriga á D. Garcia, mensajero del capitán Andrada, exclamando noblemente:

Digo que don Luis y don Rodrigo serán incendio este día de su patria y de su honor. Yo de todo alzo la mano.

Abandonemos, pues, este laberinto, algo más semejante al de Orta de lo que parece, pues cuando por la negativa de Teodora se rompen las paces que con tanta dificultad el tribunal de honor había concertado, y ponen los caballeros mano á la espada riñendo dos á dos, cádate que en vez de Minotauro aparece en medio del laberinto, ¿quién crearán nuestros lectores? Nada ménos que un leon, que tenia en su casa cierto D. Fadrigo (al parecer el duque de Béjar), y que atraviesa la escena con toda la majestad de un rey de las selvas, como si el poeta se propusiera dar á tan grave personaje una participacion muy directa y oportuna en su intriga, en lo que por cierto erraria quien lo creyese. Dejemos, pues, á Plasencia alborotada con el leon, y trasladémonos á Garganta la Olla de un salto, no mayor que los que dan á menudo los personajes de Lope, donde Leonarda se entretiene en la caza de alcon, y habiéndosele perdido de vista este fiero animal, que sólo se oye el cascabel tras una zarza, le dá señuelo Avendaño con el consabido *luchu, hachoo*, y aparecen como al reclamo el traidor amante Fulgencio y su inseparable y débil Pineo, que traen la noticia del casamiento concertado con D. Rodrigo, no sin que Fulgencio haga de las suyas, sembrando nueva cizaña de este modo en el alma de la cazadora:

Este concierto es traicion, y á gran peligro te pones. Que don Rodrigo por dar satisfaccion á su honor dió el sí y díjeme el traidor que te pensaba matar en viéndote en su poder con veneno, porque adora, como sabes, á Teodora, porque ha de ser su mujer.

Los criados procuran calmar el enojo de la fiero doncella, y hallan muy prudente la traza del casamiento.

AVEND. No pudo hacer mi señor cosa más honrada.

LEO. (Calla)

AVEND. ¿Pues cómo vivir podia en Plasencia?

LEO. No viviera, que á Flandes irse pudiera, ó como su padre, á Hungria. Basta que á un hombre perdí á quien sólo quise bien, y que quiere darme á quien apenas el rostro vi. Pues no ha de ser de esa suerte. Hola, Avendaño.

AVEND. ¿Señora?

LEO. Volved á Plasencia agora, y con nuevas de mi muerte. Decid allá que he caído de un riscó con el caballo.

AVEND. No me atreveré á contallo, ni á ser tan mal recibido. Ni yo por Dios.

CARPIO. Pues villanos, daréos de cuchilladas.

LEO. ¿Desto, señora, te enfadas?

AVEND. Pues ya conocéis mis manos.

Toma el acto desde aquí el tono entre bucólico y caballeresco que tan admirablemente usaba Lope, y de que Cervantes nos ha dejado modelos inimitables en su novela inmortal. Sólo ya Leonarda en el bosque, da rienda suelta á su furioso dolor, en un romance muy bello.

Claro cielo, sol hermoso, agua, viento, fuego y tierra, verdes endebros armados, pardos riscos, blancas peñas; murmuradores arroyos, de más lastimosas quejas, ecos que las vais doblando con las sílabas postreras; á todos, como testigos de mi voluntad sin fuerzas, hago juramento y voto de no volver á Plasencia; de vivir entre estos montes en las más cóncavas cuevas, entre los silvestres gamos y entre las cabras montesas; de aborrecer á los hombres y de tratar con las fieras; de salir á los caminos y hacerles notable ofensa; de matar y de herir tantos que haya por aquestas cuevas tantas cruces como matas, tanta sangre como adelfas; de vestir de sus despojos, y de ser en esta sierra una esfinge más cruel que la que escriben de Tebas.

Aparece el amante llenando tambien los vientos de quejas en tono de Petrarca, ora en sonetos rotundos, ora en quintillas preciosas, que recuerdan la *Diana Enamorada* de Gil Polo, cada cual respirando por la herida que han abierto en su pecho las traidoras palabras de Fulgencio; pero ella, más dura que las peñas que la rodean, apenas si da oídos á su galán, y le corta la palabra en términos muy dramáticos, despues de apuntar la trasformacion que ha sufrido su naturaleza selvática.

Ya es tarde por vida tuya, que mujer desengañada es grande furia la suya; no hay ave del nido echada que así de los hombres huya. No es bien que tu pecho ame para juntar con su nombre el que tan limpio se llame, una mujer que es medio hombre, y un hombre que es medio infame.

Entre estas peñas tambien viviré por penitencia de haberte querido bien, y no volveré á Plasencia aunque mil muertes me den.

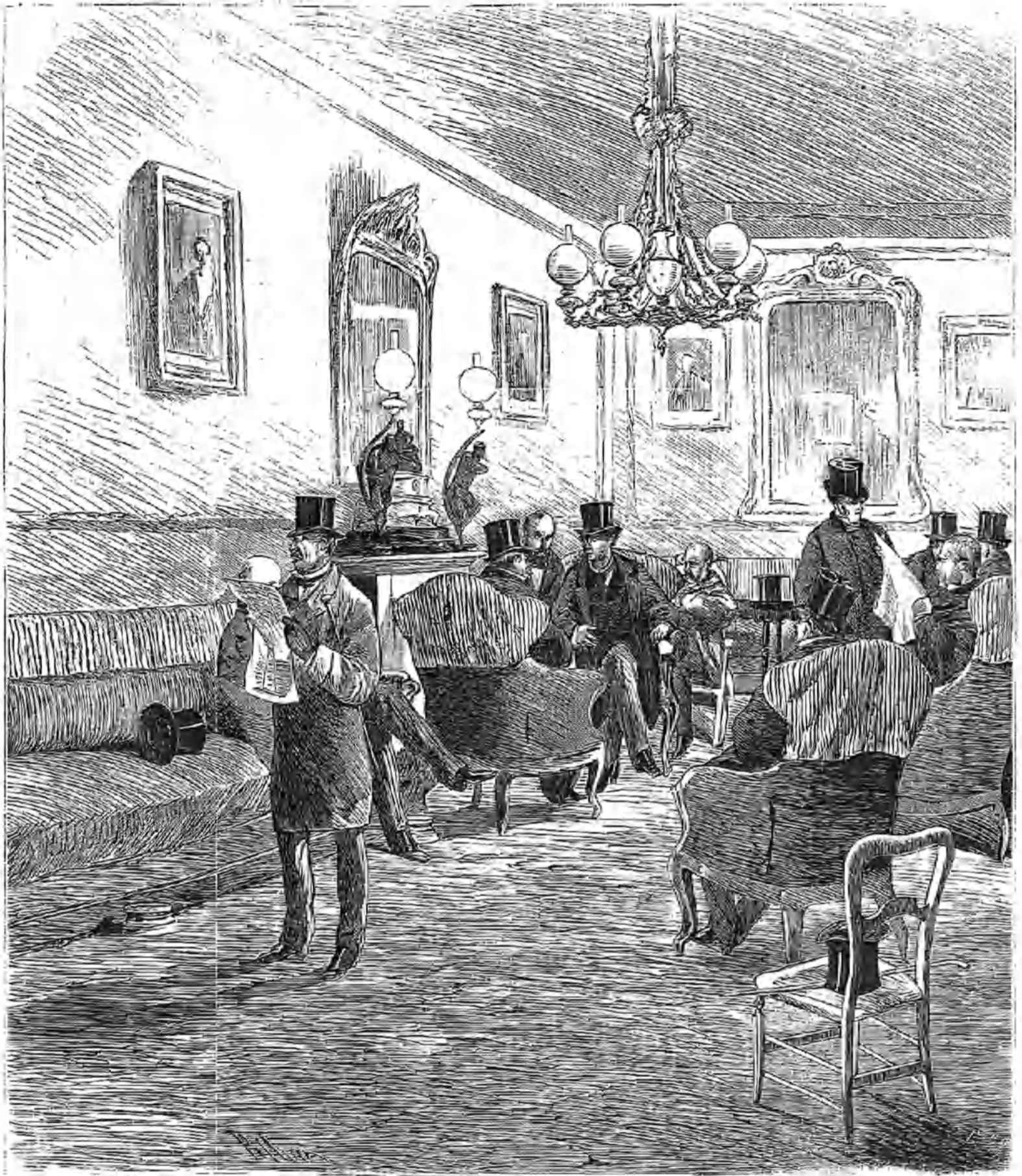
CAR. Mirad, mi bien, que os estimo sobre quanto el cielo ha hecho; don Luis, señora, es mi primo; para la cruz de su pecho yo he sido el mejor amigo. A mí me han dicho que él fué quien mi nobleza infamó. No hables más.

LEO. ¿Cómo podré?

CAR. Hombre que tan mal habló para siempre mudo esté. (Vase.)

LEO. Esa palabra te doy, y de no hablar mientras viva, pues tan desdichado soy.

(Se continuará...)



ATENE0 DE MADRID.—SALÓN LLAMADO DE LOS VIEJOS.

EL ATENE0 POR DENTRO.

(COPIA DEL NATURAL.)

Hace algunos días que un alemán muy amigo mío, expulsado de Francia por los partidarios de la fraternidad universal, me rogó que le enseñara los principales centros científicos y literarios de Madrid, idea extraña, propia sólo de gentes germánicas, pues nosotros los españoles nos cuidamos ántes de visitar los cafés, los templos de Afrodita y otros sitios instructivos, que de ocuparnos en fruslerías científicas que sólo sirven para apartar al hombre del santo temor de Dios.

Comencé por llevarle á la Universidad, donde admiré, como es justo, la espaciosidad y belleza del local, la abundancia del material científico, la compostura admirable de los alumnos, la unión fraternal del profes-

rado, la prosperidad de las enseñanzas libres y demás excelencias de aquella docta casa; le conduje despues al Círculo filosófico, donde había unos cinco ó seis s0cios, cuyos discursos depararon al buen alemán el gusto de oír en España los armoniosos acentos de su lengua patria, ligeramente modificada, y por último, le introduje en el Ateneo.

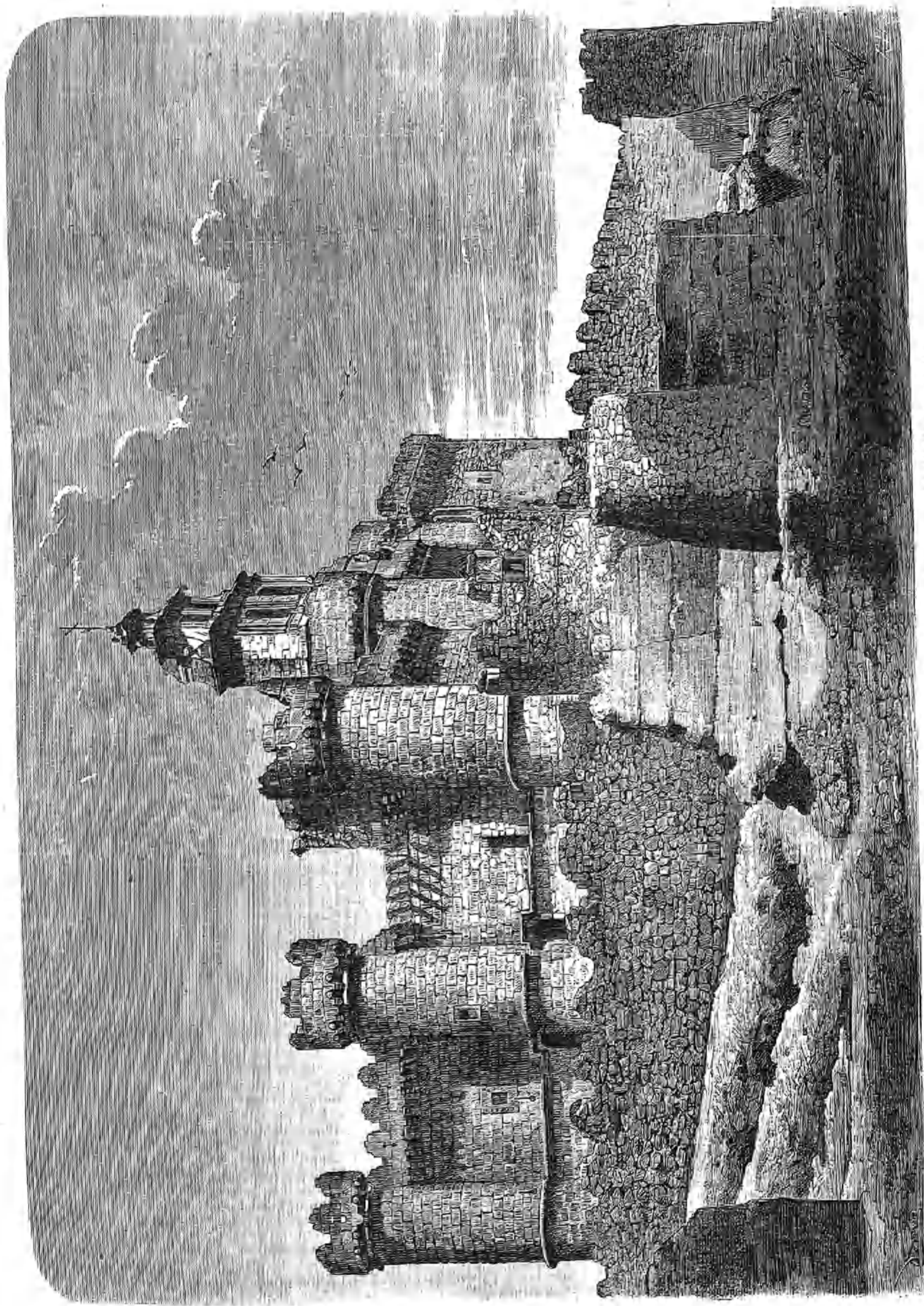
Al ver el alemán los estantes de la numerosa biblioteca, al contemplar tantos y tan aplicados lectores en ella y en el salón de periódicos, creyóse en su propia tierra, y arrepiñtíose de los malos juicios que acaso habia formado acerca de nuestra cultura; pero bien pronto mi malicia cuidó de sacarle del engaño.

—¿Cree Vd., le dije, que no se halla en España? Pues bien poco ha de durarle la ilusión. Vea Vd. el alumbrado. Era de gas el año anterior y hoy es de petróleo, señal inequívoca de que hay economías, esto es, de que no hay un cuarto.

Repare Vd. en esos libros cerrados bajo llave, en esos periódicos sujetos con candados fortísimos, y esto le mostrará que la propiedad ajena no goza de la seguridad que fuera de desear, porque en España, en materia de periódicos y libros, todos somos comenistas. Acérquese Vd., en fin, á esas columnas de la sala de lectura y á esas otras del salón de sesiones, y observará en ellas fijados carteles que prohiben que cada s0cio tenga en su poder más de dos periódicos á la vez y que se fume en el salón. Pues bien, si Vd. repara, cada s0cio tiene cuatro ó cinco periódicos, y en el salón todo el mundo fuma.

No hay un céntimo, no hay respeto á la propiedad, no hay obediencia á la ley. Estamos, pues, en plena España.

Acónite me escuchaba el germano, en tanto que seguía mirando con atención cada vez creciente los estantes. Al cabo, rompiendo su silencio:



CASTILLO DE TURÉGANO EN LA PROVINCIA DE SEGOVIA, TOMADO DESDE EL S. E.

—Esta biblioteca debe ser utilísima á los socios? me dijo.

—Le diré á Vd.; como ni está ordenada, ni tiene catálogo, es lo mismo que si no existiera, y hé ahí otra señal de que estamos en España; el orden aquí es una palabra desconocida por completo.

Concluía en aquel momento el debate de la sección de ciencias naturales, y mi compañero, al ver llenar de gente los pasillos, llevéme á ellos y me suplicó que le diera detalles sobre las diferentes tertulias que allí existen y que él consideraba otros tantos tabernáculos de la ciencia.

—Mira Vd., le dije, este largo pasillo y esta antecala que da paso á la biblioteca es algo semejante al salón de conferencias del Congreso. Centro de toda murmuración, teatro de toda acalorada disputa, aquí se comentan los debates, se hace la apoteosis ó la caricatura de los oradores y se discuten con igual interés las cuestiones más altas como las más pequeñas; los problemas más arduos, como los chismecillos más insignificantes. Todas las escuelas científicas, todos los partidos políticos, todas las creencias religiosas tienen aquí su representante. Este pasillo es como la síntesis de la anarquía intelectual y de la agitada vida de nuestro siglo y de nuestra patria.

Aquel gran salón que tenemos enfrente, elegantemente amueblado, con magníficas chimeneas, propiedad exclusiva de cierto socio que se sienta á su lado cruzado se encienda la primer astilla, y la abandona cuando se apaga el último carbon, adornado con retratos de individuos ilustres del Ateneo, como el elegante cuanto frío poeta Martínez de la Rosa, el heroico Caxtaños, el ingenioso Mesonero, el habilidoso Posada Herrera, el nobilísimo marino Méndez Núñez y otros muchos y muy distinguidos varones, es lo que llamamos el salón de los viejos ó el Arcópago. Reúnense aquí durante toda la noche y buena parte del día varios ancianos, últimos restos de aquella generación de principio del siglo, amantada por Voltaire y Rousseau, nacida al estampido del cañon revolucionario, poseída del sentimiento más que de la idea de la libertad, del sentimiento más que de la idea del racionalismo. Hoy la mayor parte de ellos ha renegado de los ídolos de su juventud. Aquella libertad que amaron sin comprenderla les asusta, aquel frívolo racionalismo que tuvo por base, no una crítica severa, sino una carajada irrespetuosa, no basta á su helado corazón, que vuelve por un instinto natural á la fé que abandonaron, como si la fé fuera prenda que una vez perdida se recobra fácilmente. Profundamente escéptica en el fondo, aunque creyentes en la apariencia (salvo honrosas excepciones), tienen para el racionalismo fruncido entrecejo, para la libertad fría moña, para la juventud repulsion instintiva. No van á las sesiones, ó si van es para hacer cómodamente su digestión; pero en ellas influyen no poco, y no poco contribuyen á convertirlos en espectáculo cuando debieran ser santuario de la verdad, oponiendo obstáculo insuperable, el de la inercia, á toda reforma que aquí se intenta emprender. Frios, indiferentes, refugiados en este salón donde apenas entra alguno que otro joven, que quizá es moralmente tan viejo como ellos, gózanse sólo en renegar de un pasado que no comprendieron, en maldecir un presente que los ha dejado atrás en su carrera, y en constituir un centro de murmuración que representa en el Ateneo lo que el famoso coro de ángeles en el Casino, y en el cual no pocas veces asoma el antiguo volteriano bajo la piel del moderno conservador.

—Dígame, replicóme el alemán, ¿hay otras tertulias además del Arcópago?

—Sí, señor, le dije. Venga conmigo y se las enseñaré. En primer lugar verá Vd. la biblioteca, donde hay mucho que observar y muy bueno; y no es lo menos notable, por cierto, su ultra-montpensierista bibliotecario. Sus lectores se dividen en dos clases: constantes y transeúntes. Los primeros vienen todas las noches y leen con verdadero interés y con gran aprovechamiento; los segundos vienen de vez en cuando, piden algún tomo de *Gacetas*, algún libro con láminas ó alguna de esas enciclopedias que sirven para ser eruditos á la violeta y hébelas ya satisfechos y contentos. Entre los primeros merece especial atención un socio ya entrado en años, que todas las noches pasa dos ó tres horas leyendo obras importantes, después de leer el *Times* de la cruz á la fecha. Poco le importa que haya ruido ó no le haya, que le distraigan ó no. En medio del mayor estruendo continúa imperturbable su obra meritoria, que lo es en efecto, y merecedora de laureo, si se tiene en cuenta que es persona escandalada y á quien no mueve, por tanto, otro propósito que el amor purísimo á la verdad. ¡Pluguiera á Dios que le imitasen muchos!

—Y quién es, me preguntó mi compañero, aquel hombre de baja estatura, edad mediana, rostro simpático, franco, inteligente, aunque desfigurado por la viruela, rubia cabellera erizada como la melena de un león, y que se pasea agitado por la biblioteca, y luego se sienta y lee un rato, y vuelve á levantarse, y torna á leer, sin que cese un momento en tal operación?

—Ese es uno de los hombres de más valer que hay en España. Alma nobilísima, generoso y sensible corazón, clara inteligencia, erudición vasta, palabra poderosa, elocente, arrebatadora, es sin duda una de las personas que más honran á nuestro país. Desgraciadamente sus buenas cualidades le hacen más daño que provecho. Ha leído tanto, que en su privilegiada inteligencia se libran diaria batalla las más contradictorias ideas, sin que ninguna consiga al triunfo ni ponga fin á aquel caos que le atormenta y le mata. Su razón y su ciencia le llevan hacia las corrientes libérrimas del pensamiento nuevo, pero su ardiente fantasía y su romántico corazón le arrastran hacia las ruinas melancólicas de lo pasado. Generoso por naturaleza, ama todas las causas vencidas, de tal suerte, que pudiera decir con el latino: *Causa victrix Diis placuit, sed victa Catoni*. Gusta de combatir todos los extremos, sin llegar nunca á colocarse en los medios. Dócil é incanso, lévale en la discusión el contrario además quiere, con sólo exagerar su tesis. Es, en suma, un gran pensador y un gran artista, á quien para ser completo falta solamente llegar á saber lo que piensa y lo que siente.

Oíase en esto gritos acalorados en los pasillos.

—¿Son locos? preguntó mi compañero.

—Serán políticos ó filósofos, que viene á ser lo mismo, le dije, y salíme á ver lo que sucedía.

Numeroso grupo había, en efecto, alrededor de un hombre de buena estatura, rostro inteligente y, aunque feo, no desagradable, y en cuyos ojos brillaba extraño fulgor. Vestía anticuado frac, agitaba en su mano un delgado bastoncillo y peroraba con calor. Su hermosa voz, de variados y sonoros timbres, llenaba la estancia, y al concurso, ora le acogía con ruidosa carajada, ora con muestras inequívocas de aprobación. Desordenado y difuso, ya se remontaba á las regiones de la más elevada elocuencia y hacia ostentoso alarde de no común erudición y de afinado juicio, ya descendía á bufonadas más graciosas que oportunas. A la mirada interrogadora de mi compañero, contesté entonces:

—No me es posible decirle á Vd. acerca de este hombre, sin duda uno de los pensadores más ilustres del partido conservador de los buenos tiempos, sino que nunca mejor que en él halló aplicación la antigua máxima: *nullum in magnam ingenium sine mixtura volentatis*. Por lo demás, la acogida que obtiene le mostrará á usted que después de diez y nueve siglos de cristianismo, dista mucho de reinar en la tierra la caridad.

—¿Podrá Vd., repuso el alemán, darme noticias de los principales individuos que hay en el corro?

—Con mucho gusto, respondí. El que está enfrente de Vd., ese caballero grueso, moreno, de poblada barba y acento andaluz, es un valiente campeón del moderno materialismo, regalo de vuestro compatriota Büchner y de otros ingenios, ocupados con esfuerzo digno de mejor causa en formar á la especie humana un árbol genealógico de no muy buen gusto, que llenaría de júbilo á los gorilas si tuvieran el placer de conocerlo. El otro que hay á su lado, dedicado á iguales estudios, pero no tan radical, por cierto, le contempla con el dolor con que sin duda contemplaría Lutero á Channing, si le hubiese conocido, ó Voltaire á Collet d'Herbois, y piensa entre tanto en el modo de concertar el *utropista* con el Adán genésico, tarea en que le combate fuertemente aquel socio de poblado bigote y no menos poblada perilla, de aspecto marcial y bélica apostura, que así da cargas al Pentateuco como vuestros hulanos á los francotiradores. Ese otro elegante joven de afilado rostro y negra barba, á quien acompaña constantemente una especie de atleta de prominente frente y sociétrica nariz, es (aunque no lo parece) un republicano más amigo, por cierto, de Maquiavelo que de Danton. Es hombre de claro ingenio, agudo entendimiento y cáustica palabra, y tan habilidoso, que á fuerza de habilidades ha logrado engañarse á sí mismo hasta el punto de no saber ya ni lo que es política ni con quién está; que nada hay más torpe que la habilidad cuando se extrema. Su acompañante, que de tan buena gana rie, rebuendador infatigable de noticias nuevas y grande amigo de la sal en terrones, es un verdadero Mercurio del Ateneo, de cuya animada vida es elemento indispensable. En el mismo corro verá usted un hombre de no muy alta estatura, grueso, de poblado bigote y no muy abundante nariz, sobre la cual se patentan lentas agujas. Es una de nuestras eminencias en literatura. Vastos conocimientos, talento pro-

fundísimo, buena palabra, tales son sus condiciones, un tanto empañadas por cierta afición á las habilidades de que antes le hablé y que le han producido resultados semejantes. También es, y también no lo parece, republicano federal, como lo es el que le acompaña, cuyo acento revela que pertenece á la tierra clásica del federalismo y de la moneda falsa que para nada necesito nombrar. Por no prolongar esta reseña no doy á Vd. mayores detalles acerca de aquel joven de romántica cabellera, orador elocuentísimo y ardiente defensor de la libertad de los negros y de ciertos blancos; de aquel otro caballero de negro bigote, que gasta gafas y que inclina con cierta *nonchalance* su cuerpo, y que es un profesor distinguido, adorador de la paradoja, de la argucia y del lenguaje purista de los académicos; del otro de más edad que está á su lado, no menos arcaico en sus escritos, é infatigable en sus eruditas y minuciosas investigaciones de arqueología literaria; de aquel otro de patillas inglesas, política inglesa, elocuencia inglesa y crítica inglesa, muy versado en hechos y poco en principios, pero de claro talento y fácil palabra; ni de aquel apuesto y aristocrático mozo, de activa apostura, mirar desdeñoso, lente impertinente y traje irreprochable, no menos montado á la inglesa que su amigo, ni menos claro y sereno en el pensar y correcto y puro en el decir. Ambos son los representantes de una escuela que sostiene con su gran talento el presidente de esta corporación, que no hará gran fortuna entre nosotros que nunca hemos sido muy amigos de esa nación fría, calculadora, egoísta, especie de nueva Cartago, tan falta de idealidad y de sentimiento como aquella.

Es tarde ya, y por eso no me detengo en mostrar á usted los curiosos tipos de la sala de los periódicos. Allí verá Vd. los apasionados de *La Epoca*, de *La Política* ó del *Times* disputarse la posesión del adorado periódico y mirar con mal disimulada envidia y no pequeña rabia al que tuvo la buena fortuna de cogerlo antes. Verá Vd. á los lectores asiduos de *La Correspondencia*, que buscan en ella el más eficaz de los narcóticos ó la más amena de las obras cómicas; á los aficionados á los periódicos ilustrados; á los moderados recalcitrantes é impenitentes que leen con fruición *El Tiempo* ó *El Eco de España* y acenso *La Igualdad*, cosa bajo muchos conceptos explicable; á los acaparadores de cuatro ó cinco periódicos que guardan cuidadosamente debajo de su individuo para leerlos con más holgura; y verá Vd. otros cien tipos á cual más notables, dignos todos de la pluma de Figaro ó del Curioso Parlante.

—¿Y no hay tertulia de jóvenes? preguntó mi compañero.

—Sí. Hay una tertulia de ciertos seres que parecen jóvenes, pero que en realidad no lo son. Fáltales la frescura de la edad, como los sentimientos de ella. Precoces filósofos ó políticos, ni son bastante serios para ser hombres, ni bastante alegres para ser jóvenes. Veá usted sino cuán aburridos están. Allí está con ellos el enemigo de la Biblia de que antes hablamos; allí también se encuentra una especie de *vero veris*, un ultra-católico con sentido común, orador correcto y publicista apreciable; allí también otros *ultra* fogosos apasionados espíritus del siglo XVI envueltos en carnales ropas del siglo XIX; allí un poeta seco, fenómeno viriente que ha resuelto el problema de cantar á Dios negándole, porque la belleza es Dios; allí uno de los pocos hombres que rinden á un tiempo culto á Minerva y Marte, y prueban que no están reñidas las armas con las letras; allí, por último, tres filósofos en formación, ojerosos, aburridos, insoportables. El uno es aquel bello y aristocrático joven, por mal de sus pecados metido en tales laberintos; el otro aquel mozo de hermosa cabeza árabe y no muy gallardo cuerpo, modesto hasta rayar en el salvajismo, bueno hasta tocar en la candidez; el último, aquel de pálido y marchito rostro, imperfecta nariz, escaso bigote, insolente mirada, velada por lentes no menos insolentes y boca perpetuamente contraída por burlesca sonrisa, es otro *diplomático* semejante al republicano de que hablé antes, tan torpemente hábil como él, tan buen republicano como él, y dotado de cierta fama de escéptico que le han dado sus alardes exotéricos y sus constantes burrias, pero que dista mucho de ser una realidad. ¡Pobres muchachos! Han querido visitar á Sócrates antes que á Aspasia, y son ya para jóvenes mucho, para hombres poco, y en suma, por decirlo de una vez, plantas de estufa que ni ya darán flores ni acaso lleguen á dar fruto.

Daban en esto los doce de la noche, retirábase el jefe del Arcópago, y no era bien que nosotros dejáramos de seguir su ejemplo. Salíme á la calle, por tanto, y pusíme fin por aquella noche á nuestras excursiones, como yo le pongo á estas mal trazadas líneas.

EL BARCO FANTASMA.

NOVELA ORIGINAL.

DE

D. ANTONIO DE SAN MARTIN.

III.

En el Carnaval de 1849, aún existía en la Coruña la perversa costumbre de arrojarse desde las ventanas agua, paleles y puñados de harina sobre los transeúntes.

Estos, por su parte, tampoco se descuidaban, y tomando la ofensiva devolvían huevos, frutas averiadas y confites de pega á los combatientes de las ventanas, que por lo general eran las mujeres.

Fácil es comprender lo que resultaría de tan sucia costumbre, contra la cual nada podían los bandos de buen gobierno que el ayuntamiento de Carnaval hacia publicar el Excmo. Ayuntamiento de la ciudad.

Leandro, como joven de buen humor, halló muy de su gusto esta diversión, y en cierta calle que no hay para qué nombrar emprendió un sostenido combate, usando de los proyectiles mencionados.

De una casa de muy buena apariencia habían dejado caer sobre sus espaldas un saco de arena, y él había declarado la guerra á aquella casa.

De cuando en cuando se entreabría una ventana nada más que lo suficiente para que una persona pudiese sacar un brazo por ella, y de la tal casa arrojaban sobre Leandro cartuchos de harina ó jarras de agua.

El joven oficial, aprovechando estos momentos, enfilaba con mucha destreza alguno de sus proyectiles por la entreabierta ventana, y la contienda no llevaba trazas de terminar tan pronto.

Tal juego, como veis, no podía ser más inocente ni más tonto á la par.

Desgraciadamente para Leandro, con él tuvieron principio todas sus desventuras.

Al querer arrojar un puñado de confites por la entreabierta ventana, sus pies resbalaron en las húmedas lozas de la calle, y sin poder conservar el equilibrio cayó de espaldas con largo era, recibiendo en la cabeza un tremendo golpe que le dejó sin sentido.

Varias personas corrieron á socorrerlo.

Algunas almas caritativas habían empezado ya á curarle una herida, pero poco profunda herida que tenía en la cabeza y de la cual brotaba bastante sangre, y á rociarle el rostro con agua y vinagre á fin de que volviere en sí, cuando dos hombres (criados al parecer) cogiéndolo cuidadosamente uno por los pies y el otro por debajo de los brazos, lo introdujeron en la casa mencionada, con gran sentimiento de los espectadores amigos de espectáculos.

Leandro no tardó en volver en sí.

Cuando abrió los ojos se encontró tendido en una rica cama y con la cabeza vendada.

Al lado suyo estaba de pie una dama hermosísima que lo contemplaba fija y atentosamente, teniendo en una mano un pomito de sales, del cual indudablemente acababa de servirle en obsequio suyo.

Leandro quiso incorporarse.

—Quietecito, le dijo la dama, he sido vuestro médico, y os ordeno que no os mováis.

El joven tartamudeó algunas palabras de agradecimiento.

—Cuánto siento, prosiguió la dama con voz muy dulce, haber sido la causa inocente de esta desgracia. Desde hoy prometo no volver á asomarme á mis ventanas durante el Carnaval, ni á promover esas necias guerras que tan fatales consecuencias pueden tener.

Leandro no hacía más que mirar á aquella mujer encantadora.

Sus ojos no podían apartarse de ella, y por la vez primera de su vida sintió brotar en su corazón un cúmulo de extrañas y tumultuosos deseos.

Aun cuando su herida no ofrecía gravedad alguna, cuando despues de media hora de reposo probó á levantarse, la cabeza le dolía horribilmente y á pesar suyo cayó con pesadez sobre la almohada.

La dama, á pretexto de arreglarle la venda, pasó sobre su frente una de sus manos diminutas y blanquísimas, y le dijo que ya había enviado á llamar á su médico y que entre tanto éste no lo dispusiese, no le permitiría abandonar el lecho.

El golpe que Leandro había recibido, la hermosura de aquella mujer y sobre todo sus penetrantes ojos, cuyas miradas lo fascinaban, empezaron á turbar su imaginación de tal manera, que cuando vino el médico el joven tenía delirio.

Aquella noche la pasó en aquella casa hospitalaria, y

cuando acompañado de su padre pudo abandonarla á la caída de la tarde del siguiente día, era víctima de una enfermedad mucho más grave que la producida por su herida.

Tenia enferma el alma.

Amanó por vez primera, había entregado su alma virgen de tales impresiones á una mujer corrompida; á una mujer sin corazón, como vulgarmente suele decirse.

Amaba, como comprenderéis, á la caritativa dueña de la casa, en donde tan bien lo habían asistido.

¿Quién le hubiera dicho que tras aquel rostro hechicero, tras aquel hermoso cuerpo se ocultaba un alma perversa capaz hasta del crimen!

Era la bella sirena una riquísima viuda llamada Ernestina, la cual, en compañía de su esposo, hombre de bastante edad, viniera de América hacia tres años á establecerse en la Coruña.

El anciano había muerto al poco tiempo de su llegada, dejándola por única heredera de su inmensa fortuna.

Nacida Ernestina en América, era, como casi todas las mujeres de este país, indolente en sumo grado.

Todo en ella parecía dormido, excepto sus ojos, de una expresión y belleza extraordinarias.

Andaba perezosamente, imprimiendo á su cuerpo movimientos llenos de gracia y voluptuosidad, y su voz dulce y armoniosa como una arpa edílica, hacía latir los corazones más rebeldes al amor.

Mucho antes de terminar el luto por su esposo, ciertas *escentricidades*, como decían algunos de sus apasados, dieron lugar á que la maledicencia mordiese en su honor, y se la hacía pasar por la heroína de algunas aventuras galantes tan originales como indecorosas.

Pero Ernestina, despreciando las conveniencias sociales, no hacía nada por rehabilitarse en la opinión pública, y ésta se cebaba en ella lastimosamente.

Tal era la mujer de quien Leandro se había enamorado.

Al marqués de Serantes le era Ernestina sumamente simpática.

Agradecido á los cuidados que prodigara á su hijo, la visitaba con frecuencia, autorizándole, hasta cierto punto, el amor de Leandro.

—Mi hijo, pensaba el marqués con ese lamentable egoísmo de los padres, está en la edad de los amores. Ernestina es hermosa, parece buena á pesar de lo que de ella cuenta el vulgo, y he creído notar que ama á Leandro. Dejemos, pues, que éste sea dichoso, que si tal no sucediese, tiempo habrá de aplicar un eficaz remedio. Lamentable egoísmo, repito, continuó el anciano caballero moviendo la cabeza.

El marqués de Serantes pertenecía á ese género de viejos verdes que creen de absoluta necesidad que los jóvenes tengan queridas.

IV.

Llegó un día en que, al conocer su error, lloró con lágrimas de sangre.

¡Leandro era desgraciado, muy desgraciado!

Ernestina, que en un principio sintiera por éste uno de esos caprichos pasajeros que en las almas vulgares y hastiadas tienen la duración de un relámpago, se asustó al conocer la pasión que había inspirado.

Leandro era vehemente, celoso hasta el frenesí, y adorándola en extremo, no le convenía á la viuda aquel yugo amoroso solamente soportable á las personas que sienten un amor verdadero.

De aquí escenas desagradables que se repetían con mucha frecuencia.

Los justificados celos de Leandro lo sacaban de quicio.

Cuando esto sucedía llenaba de improperios á Ernestina, concluyendo por caer á sus plantas bañado en lágrimas, suplicante, trémulo y enteramente subyugado por aquella fiera mujer.

Ernestina experimentaba un bárbaro placer al presenciar estos arrebatos de una pasión desordenada, y con la sonrisa en los labios y el corazón enteramente vacío, los toleraba, hasta cierto punto, porque halagaban su amor propio.

Pero llegó un día en que Leandro se le hizo insupportable; le fué hasta antipático.

Entonces, arrojando á un lado la máscara del fingimiento, descubrió por entero su alma páfida y fué brutal con su amante.

¡Aberraciones humanas!

Leandro conoció toda la perversidad de aquella mujer.

Conoció que no le amaba, y sin embargo, con el ánimo empequeñecido continuó á sus pies humilde como

el perro á quien castigan injustamente, como el esclavo que tiene conciencia de lo poco que vale para con su señor.

Y sin embargo de esto, la amaba cada día más.

Conociendo sus defectos, sus vicios, su condición perversa, adoraba sus vicios y su perversidad.

El pobre joven estaba loco.

Un día Ernestina, despues de agotar con él todo género de desaires, desprecios y aun humillaciones, le cerró las puertas de su casa.

Entonces Leandro le escribió cuatro ó cinco cartas por día, agotando en ellas cien poemas de ternura y de sentimiento.

Pero estas cartas no tuvieron contestación: as más, algunas le fueron devueltas con el nena entero, prueba evidente de que no habían sido leídas.

El marqués entonces quiso poner remedio al mal, pero ya no le fué posible.

En vano empleó con Leandro los ruegos, las lágrimas y hasta cierta severidad paternal, á fin de hacerle abandonar á la Coruña, adonde en mal hora lo había traído.

El joven resistió con todas las fuerzas que le prestaba su amor volcánico, y no hubo medio alguno de sustraerlo al lamentable estado en que se encontraba su espíritu.

Centinela perenne de la casa de Ernestina, se acercaba á esta extremecido y valbuciente en el momento en que la viuda salía á la calle, no logrando alcanzar de ella una sola palabra de esperanza ó de consuelo. ¡El, que se había creído el único dueño de aquella mujer infernal!

Una noche Ernestina, en el momento de salir de su casa, á fin de librarse de lo que ella llamaba una *persecucion*, demandó el auxilio de un caballero que cruzaba la calle.

Acercóse éste y despues de preguntar á Leandro con qué derecho importunaba á aquella señora, la ofreció el brazo galantemente; brazo que ella aceptó con incitante coquetería.

Leandro, al ver esto, sintió que los celos le devoraban el corazón, y quiso lanzarse sobre el caballero.

Mas ¿con qué derecho?

¡Era Ernestina su esposa, su amante!

¡Ay! Nada de esto era, y razón tenía al llamarle importuno despues de haberlo rechazado tantas y tantas veces.

Su colenturienta imaginación le representó á su infiel amante y á aquel hombre á quien envidiaba en amable coloquio, prodigándose caricias embriagadoras.

Leandro lloró de rabia y desesperación.

Loco, olvidándose hasta de Dios, vagó horas y horas por los sitios más solitarios de la población.

Al amanecer se encontró á orillas del mar, cerca de la Peña de los Cuervos.

Trepó á ella sin darse cuenta de lo que hacía y dirigió en torno suyo una mirada.

Las ténues luces del alba empezaban á calentar el horizonte, y el mar tranquilo venía á morir con débiles arrullos á los pies de la encumbrada peña.

No lejos de ella, un pescador recogía sus redes, interior tanto que en el fondo de su barquilla cocía á fuego lento un pobre almuerzo.

Leandro no comprendió, ó mejor dicho, no reflexionó en sólo instante en la sencillez y dulce poesía, en la tranquilidad que encerraba tan hermoso panorama.

Todo era paz en torno suyo.

Todo era paz, y una tempestad terrible rugía en su pecho.

El extraviado joven se creyó el más infeliz de los mortales.

Para él ya no había en el mundo felicidad posible.

No pensó en la dulce calma del hogar doméstico, en la envidiable dicha de crear una familia, de verse reproducido en sus hijos, de amar y ser amado por una esposa sensible y virtuosa: no pensó en su padre.

Pensó tan sólo en que Ernestina no le amaba.

En esta mujer se cifraba toda su dicha y su porvenir, y sin ella la vida le era odiosa.

Cuando un hombre alcanza tal extravío en su razón, está perdido irremediabilmente si una mano de hierro no lo aparta del precipicio.

Leandro en aquel momento estaba sólo.

Sólo enteramente bajo la vista de Dios, que, á no dudarlo, se compadecía con su infinita bondad de aquella alma locada. Leandro pensó en la muerte.

El suicidio se presentó á su imaginación como un bien inapreciable, como el remedio único que podía encontrar en su situación.

El pensamiento de la eternidad no le arredró.

Había sufrido, sufría tanto, que el infeliz creyó que su crimen le sería perdonado fácilmente.

¡Horror causa, dijo el anciano caballero estremeciéndose, el referir lo que entonces pasó en la Peña de los Cuervos!...

Leandro, con una precipitación febril impudible, se despojó de sus ropas exteriores.

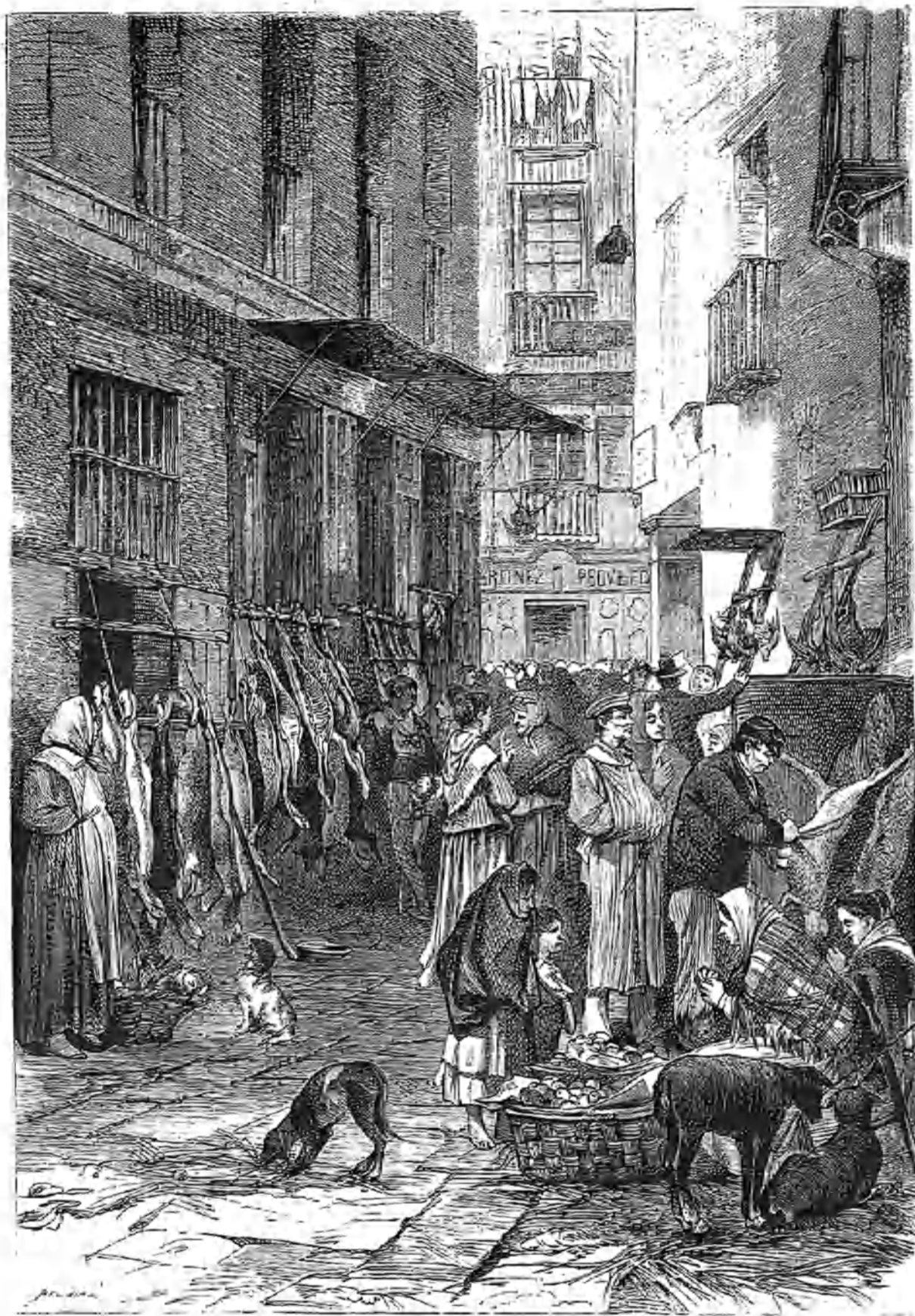
Después, sacando de su vaina de terciopelo carmesí un pequeño puñal de acerada punta, se hirió levemente en el pecho.

brumas matinales, y—magnífico—extendiendo los brazos y lanzando gritos inarticulados y salvajes, se precipitó en el mar todo cubierto de sangre.

El pescador que he mencionado le gritó desde su barquilla, adivinando su intento poco antes de que lo hubiese realizado, y abandonando sus redes con precipitación remó desesperadamente hacia el lugar de la catástrofe.

su nombre, y los dos retratos que os he enseñado y que por una casualidad vinieron á mis manos. El marqués de Serantes no tardó en saber el fatal suceso.

Loco de dolor se trasladó al lugar de la catástrofe, y cuando al retirarse la marea pudieron extraer el cadáver de su hijo, á quien ya los peces habían empezado á devorar, cayó sin sentido sobre la arena de aquella playa de tristes recuerdos.



LA CALLE DE LA CAZA EN MADRID.

La sangre no tardó en brotar en abundancia.

Entonces humedeció en ella sus dedos escribiendo sobre la planicie de la peña que el tiempo y las lluvias habían alisado, esa lúgubre exclamación y esa fecha ininteligible, que aún subsiste, y que probablemente subsistirá durante muchos años.

¡Quién en aquel ¡Ay de mí! y en aquella fecha que la turbación, el desvanecimiento acaso del joven no le permitieron terminar, no adivina un crimen y un dolor infinitos!...

Así que terminó la sangrienta operación, volvió la vista á la ciudad, que comenzaba á salir de entre las

¡Mas, ay, que su caritativo intento fué en vano! ¡Ya era tarde!

La marea subía en aquel momento, y las aguas se arremolinaban al pié de la lúgubre Peña de los Cuervos, penetrando tumultuosamente en una de las cavidades que, á fuerza de siglos, habían socavado en la piedra.

Viendo el pescador que ningún auxilio podía prestar al suicida, arribó en la cercana playa de San Amaro y corrió á la ciudad, á dar parte á la justicia de tan lamentable acontecimiento.

Sobre la peña, además de las ropas del joven, se encontraron su reloj, algún dinero, papeles y tarjetas con

Honda sensación causó en la ciudad tanta desgracia.

El joven, como ya hemos dicho, era generalmente apreciado, y Ernestina, á quien justamente se acusaba de su muerte, abandonó á la Coruña para ir á habitar una posesión que tenía á orillas del mar, en las faldas del monte Brion, lugar inmediato á Ferrol.

También el marqués de Serantes desapareció al cabo de algun tiempo, después de vender los cuantiosos bienes que poseía en Galicia.

El marqués había estado á las puertas de la muerte, quedándole de su enfermedad una rara monomanía: la

de creerse un cruel pirata, dispuesto siempre á los combates y al exterminio.

Todos compadecían al infeliz padre, y creyéndolo loco, no se fijaban en las palabras de venganza que solía pronunciar.

Mas ¿de quién quería vengarse?

Fácil es adivinarlo.

Ernestina había causado la desgracia de su hijo único; Ernestina había llenado de luto su corazón, y éste sentía por la americana un odio profundo, inextinguible.

V.

— ¡Recordais, me preguntó el anciano, un barco negro y misterioso que un día, al amanecer, se presentó á la entrada del puerto de la Coruña?

— Si, recuerdo, le contestó. — Un barco del cual no llegó á verse ningún tripulante, y al que hizo fuego el castillo de San Anton.

— ¡Justamente! Continué al caballero. Pues ese barco lo montaba el marqués de Serantes; era un barco de su pertenencia.

Ardiendo en deseos de vengarse de Ernestina, y sabiendo el lugar á que ésta se había retirado, compró á su hijo precio en el puerto de Santander un bergantín sumamente veloz, el cual hizo preparar á su modo y pintar enteramente de negro.

Tripulado por hábiles marineros y gentes de su confianza, se dedicó á recorrer las costas de Galicia, y con particularidad las inmediaciones del Ferrol y la Coruña.

Al acercarse á alguno de estos puertos, izaba el bergantín una bandera enteramente negra, con una calavera blanca en el centro en señal de luto y exterminio.

La mente del marqués sufría una gran perturbación.

Ni en avanzada edad, ni la pena causada por la pérdida de su hijo, fueron bastante á disminuir su energía.

Tenia una idea fija: la de vengarse.

Una noche el bergantín negro fondeó en la pequeña ensenada frente á la cual se alzaba entre unos árboles la casa de Ernestina.

El marqués de Serantes saltó á la orilla, acompañado de ocho hombres que se acercaron á la casa sigilosamente.

Todos en ella dormían, excepto un perro, fiel guardián que con sus ladridos despertó á un criado.

Cometió éste la imprudencia de aventurarse entre los árboles dejando abierta la puerta de la casa, y no tardó en verse sujeto, amordazado, por las gatas del marqués.

Este, á la cabeza de sus ocho hombres, penetró ensanguinado en la quinta.

Como el perro continuase ladrando desesperadamente, les fué preciso matarlo á puñaladas.

Todo esto se había ejecutado con la mayor rapidez; más sin embargo, los ladridos del perro despertaron á Ernestina que, con el oído atento, se incorporó en el lecho.

¿Cuál no sería su espanto cuando vió entrar en su alcoba al marqués de Serantes, echado llana por los ojos y con un agudo puñal en la mano!

La viuda no pudo articular una palabra, y creyéndose perdida juntó las manos con terror y cerró los ojos.



CÓDICE AMERICANO DEL SEÑOR MIRÓ.

— ¡Muere, infame ramera! exclamó el ofendido padre, hiriéndola en el pecho con todas sus fuerzas.

Ernestina se desplomó en su lecho lanzando un profundísimo gemido y derramando un torrente de sangre. Un momento después estaba muerta.

Como entonces empezaba á sentirse en la casa el ruido de voces lejanas, el asesino y sus cómplices huyeron apresuradamente á ampararse de su embarcación, que levando anclas no tardó en alejarse á fuerza de velas de aquellos lugares.

La horrible venganza estaba cumplida, y algunos días después el juez de primera instancia de Ferrol, que había empezado á instruir las oportunas diligencias para descubrir los autores del crimen, recibió una carta fechada en Marsella, que decía así:

«A nadie se culpe de la muerte de Ernestina de... Yo, desgraciado padre á quien esa perversa mujer ha privado de un hijo querido, la asesiné despiadadamente la noche... (Aquí la fecha.)»

El marqués de Serantes.

Tal es la historia de la célebre *Peña de los Cuervos* y tal la del *Barco fantasma*, á quien los habitantes de las costas de Cantabria habían empezado á llamar así desde los primeros días de su aparición en aquellos mares.

FIN.

LISBOA EN 1870 *.

SEXTO Y ÚLTIMO.

Ya hemos dado á conocer la plaza de D. Pedro y el teatro de doña María; tomando la izquierda de su fachada principal se encuentra á corta distancia el *Paseo Público*, que es el primero de la ciudad. Está enclavado entre dos montañas, y privado, por consiguiente, de toda vista exterior y aun de la conveniente ventilación; tiene una extensión de 1.200 piés, y se halla cercado por una verja de hierro sentada sobre cantería y cerrada por gruesas puertas, como si se tratara de guardar los tesoros de los califas. Contiene algunos jardines que cortan las calles de árboles, y dos bellas estatuas que representan el Tajo y el Duero; la calle principal está interrumpida por un estanque y al lado opuesto de la entrada principal por una cascada á cuyo lado hay dos escalinatas que conducen á una elegante terraza desde la cual se domina todo el paseo. Es frecuentado por la mejor sociedad de Lisboa, de otoño á verano, desde la una ó las cuatro; durante el estío, por la tarde, y principalmente por la noche, en que se celebran allí conciertos y funciones muy agradables.

Cuatro calles rodean el paseo: en la Oriental se halla el teatro llamado de la *rua dos Condes*, que es muy pequeño y que no merece la pena de ser visitado; la continuación de esta calle conduce á la del Salitre, en que se encuentran el *circo de Price* y, frente á él, el *teatro de Variedades*.

Cerca de este sitio se halla el *Campo de Santa Ana*, espaciosa y bella plaza que en uno de sus extremos tiene

un pequeño *square*; en el opuesto está la *Plaza de Toros*. En el centro se celebra todos los mártes la llamada *feira de la ladra*, que es enteramente igual, por el género de la mercancía, al mercado que los domingos tiene lugar en Madrid en el Rastro y Rivera de Curtidores.

No ofrece la misma semejanza el *Matadero*, que, consultando todas las conveniencias y todas las comodidades, se ha construido en el sitio denominado *Cruz do Toloado* y que puede rivalizar con los mejores de París. Frente se halla el *Hospital veterinario*, notable establecimiento anexo al *Instituto agrícola*.

Tomando la derecha del *Matadero* se encuentra el camino que conduce al *Campo Pequeno*, terreno irregular que sirve para ejercicios militares y sitio muy con-

* El grabado que acompaña á este artículo pertenece á la segunda parte de Lisboa en 1870, titulada *Las coronas de Lisboa*, que verá la luz pública en nuestro periódico tan pronto como se termine la primera.

entrido los días de encierro de toros; y el *Campo Grande*, el pascu más vasto de la ciudad: es una extensión considerable, con largas calles de buenos árboles, jardines y lagos; está llamado á ser el paseo de carruajes de Lisboa; pero se necesita para eso ponerla en fácil comunicación con el centro de la ciudad, para lo cual está proyectado un boulevard, continuación del paseo público, que vaya á parar al *Campo Grande*. Forman los costados de éste dos líneas de edificios en que se hallan mezclados los palacios y casas de recreo con fábricas de varias clases y un *Asilo* fundado por D. Pedro V para la *infancia desahogada*.

Paralelamente al *Campo Grande*, cuya superficie es de unas 30 hectáreas, hay dos caminos que conducen á Luz el uno y al *Cumiar* el otro: por ambos se suceden casi sin interrupción las casas de campo. El *Cumiar* es una población sin importancia, que sólo ofrece de notable el palacio y quinta del duque de Palmela, considerada como la mejor de Lisboa. En *Luz* está el Colegio militar, donde se educan los hijos de los oficiales del ejército y armada.

Retrocediendo al *Campo Pequeno* y tomando el camino de *Raja*, casi todo guarnecido de quintas, se llega á la llamada de las *Lovateiras*, sitio amenísimo, con palacio, sumptuoso teatro, lagos, puentes, grutas, cascadas, kioscos, pabellones, jaula de fieras, abundante arbolado, bosque, prados, flores, estatuas, torreones, lindas calles, bella gradería, elegante portada, magníficas estufas, una residencia, en fin, digna de un príncipe, poética y pintoresca otro tiempo, descuidada desde la muerte del conde de Karrabo, que la formó á costa de muchos millones.

Comienza allí *Benfica*, el más agradable de los arrabales de Lisboa, lleno de palacios, entre los cuales sobresalen los de la *Quinta de Lodi*, de *Sete Rios*, de Doña Isabel y del marqués de la Fronteiras, todas rodeadas de casas de campo y jardines de utilidad y recreo y *quintales* (huertas) con abundancia de manzanos y arbores, algunas palmeras y bellos puntos de vista.

Merece la pena de buscar el mejor que ofrece la capital apartándose de *Benfica* por el camino que á la izquierda conduce á la *sierra de Monsanto*, altura que domina á Lisboa y sus cercanías, y en la cual se empezaron las obras para fortificarla, que después han quedado en suspenso. Desde allí se ve, mirando al N., un magnífico panorama, que extiende hasta la Peña de Cintra; y fijando la vista en el S., una inmensa extensión que permite abarcar de una vez la mayor anchura del Tajo, la ciudad casi entera, la opuesta orilla del río y su desembocadura hasta el mar, distinguiéndose perfectamente las torres del Bugio y San Julian.

Dos caminos se separan allí: uno para Alcántara y otro para la *Tapada de la Ajuda*, extensa propiedad no aprovechada como merecía; en el punto más elevado de ella se ha construido hace pocos años el magnífico *Observatorio astronómico*, imitando el de Poulkova, aunque con notables alteraciones en la disposición general del edificio, aconsejadas por las condiciones especiales del clima de Lisboa. Es hoy considerado este establecimiento como el mejor de Europa, porque en su construcción se han evitado los defectos de los que existían, y porque en los instrumentos se han empleado las últimas perfecciones.

El palacio de la Ajuda está ya descrito en LA ILUSTRACION y no hay para qué volvernos á ocupar de él: muy cerca se encuentra el *Jardín botánico*, situado en punto ameno y agradable, y enriquecido con una curiosa colección de plantas exóticas. En la entrada, por la parte del S., hay dos curiosas estatuas de canterita, ya muy estropeadas, que se atribuyen á los fenicios, y fueron halladas en 1785 haciendo una escavación cerca de Fortalegre: el Jardín botánico tiene fuentes, escalinatas y otras obras de mármol; dos estufas espaciosas y adornos que merecen bien los honores de una visita; pero está muy abandonado y lo seguirá así probablemente, hasta que pase á ser jardín del palacio de la Ajuda, que reclama esta mejora, bien fácil de realizar.

Hemos pasado revista en seis paseos á todo lo más notable que contiene Lisboa; para no olvidar nada de lo que se refiere á sus inmediaciones, indicaremos una expedición que puede hacerse en un par de horas, sin más que tomar en el *Cas de Sodr* uno de los vapores que van de media en media hora á la orilla izquierda del Tajo, con rumbo á *Cacilhas*: una vez allí, hay facilidad de trasladarse en un bote á *Alfite*, sitio real que acaso no merece el trabajo de la travesía, y más facilidad aún de montar en uno de los *burrillos* con que los alquiladores brindan en el muelle para subir al fuerte de *Mamo*, desde cuyo punto produce Lisboa un efecto magnífico. Entre *Cacilhas* y *Barreiro*, cabeza del ferro-carril del Sur, hay una gran bahía natural que no se utiliza y que parece expresamente destinada al futuro engran-

decimiento del puerto de Lisboa. Está proyectado el aprovechamiento de esta incomparable bahía, llamada *Cova da Piedade*, por medio de un dique que permite terraplenar el espacio cerrado en una extensión de 1,000 hectáreas, que tengan por término medio 5,000 metros de extensión y unos 3,000 de anchura, reservando 49 hectáreas para un puerto avanzado, 253 para docks, 183 para prolongar el ferro-carril del Sur desde *Barreiro* á *Cacilhas*, 163 para calles, plazas, paseos, etc., y 344 para futuras construcciones. Sin que ese pensamiento se realice, Lisboa no corresponderá á las ventajas que la naturaleza la ha concedido; pero mientras su comercio no salga de la atonía que le consume, mientras la ciudad no tenga mayores condiciones de vida, el proyecto para la bahía de la *Cova da Piedade* no saldrá del papel en que fue trazado.

Digamos ahora algo de ciertos rasgos característicos de la capital portuguesa.

Abundan en ella los templos excelentes, las grandes casas, los antiguos palacios edificadas en época próspera y abundante, rodeados de jardines y comodidades, y habitados en gran número por un sólo vecino. Desde la reedificación de la ciudad, después del terremoto, comenzaron las casas de vecindad en que abunda la parte baja de la población, que ha venido á ser la menos higiénica, y modernamente ya se construye por el patron de París y Madrid, formando manzanas de colmenas, escatimando espacio á los habitantes y altura á los techos, y tendiendo así á borrar las ventajas que ofrecía Lisboa, sin que haya siquiera la disculpa de la carestía del terreno, cuyo precio es muy bajo, ni del costo de la construcción, que es también baratísimo por la abundancia de materiales que rodean á la ciudad y lo poco que se pagan los jornales.

Con la copia de las edificaciones de París y Madrid, ha venido, á más de la incomodidad, la vulgaridad y la pérdida del carácter que distinguía al caserío de Lisboa. Se ha salvado tan sólo la especialidad en los estucos de yeso, que son verdaderamente maravillosos en gusto y delicadeza; pero han quedado desterrados de portales, escaleras y salones, y relegados únicamente á las fachadas, los azulejos que formaban parte de la fisonomía de Portugal, que ya no pueden admirarse más que en los edificios antiguos y que tal importancia tenían cuando en 1619 hizo Felipe III su entrada en Lisboa, que con ellos levantaron los obreros de esta especialidad un arco de triunfo, en el cual se leía:

«Aquí, monarca excelso, soberano,
Vos ofrecéis el arte peregrino,
Fábrica da nobreza Lusitano,
Ó que antes nos vendeo tan caro á China.»

A las incomodidades que ocasiona el suelo excesivamente accidentado de Lisboa, no imposibles de evitar en gran parte si contara con recursos para abrir por medio de túneles y puentes de hierro grandes vías con buenas rasantes, que sirvieran de arterias al movimiento de la población, hay que agregar otras molestias más fáciles de remediar; las calles de nombres idénticos ó casi iguales, la variación de títulos en una misma calle, la consiguiente repetición de números en una misma vía y, como si esto no fuera bastante para marear al forastero, la costumbre de no poner en las tarjetas de visita señas del domicilio de los habitantes, ni más ni menos que si Lisboa fuera un pueblo de cuatro casas, ó tan notables todos sus moradores que á nada pudiera ser permitido ignorar el punto en que viven. Y el caso es que en ninguna parte hace tanta falta como en Lisboa saber de casas donde refugiarse, huyendo del fastidio de sus desiertas calles. Diferentes veces hemos tenido ocasión de hablar de esta cualidad característica de ellas; lo difícil es señalar una explicación: se comprende que en una ciudad de tanta extensión no haya el movimiento reconcentrado de Madrid, y ciertamente que no vamos un mal en eso; lo que no se orea hasta que se ve, es la costumbre arraigada en las familias de no salir de casa, la falta de todo paseo, mejor dicho, la sobra de los que hay, puesto que á ninguno acude la concurrencia que debía esperarse de una capital tan populosa, el hábito general, en la inmensa mayoría del sexo femenino, de pasar las tardes tras de persianas que tienen un aparato con el cual quedan en hueco, permitiendo ver sin ser visto, ó en ventanas guarnecidas de almohadones, para que los codos no se cansen de estar horas y horas apoyados, con el único objeto de que su dueño vea que no pasa nada por la calle, porque todo el mundo deja ese papel al vecino, que á su vez está fatigando los codos aguardando á ver pasar al que está esperando que pase él.

(Se concluirá.)

Ros.

LAS FLORES SILVESTRES.

(ARÓLOGO.)

«Solitarias florecillas,
Eicas de savia y perfume,
Que embalsamais el ambiente
Desde el abril al octubre;

«¿Por qué vuestras leves hojas
El sol y la escarcha sufren
Entre el romero y tomillo
Que tapizan esas cumbres?»

«Vuestras raras perfecciones
Nadie en el mundo presume:
Tan sólo las ven las aves,
Los altos cielos azules,

«Las áuras que os acarician,
Los arroyos que discurren
Mandando á vuestras raíces
Fresca linfa que las nutre.

«¿No fuera más lisonjero.
Como á las hermosas cumple,
Si al rumor de las orquestas
Que vivo júbilo infunden.

«Entre gaisnes gentiles
Y altivas damas ilustres,
En rico salon brilláseis,
De hielo y calor inmunes?»

«Allí, compradas con oro,
Y al resplandor de mil luces,
Bien sobre jarron de China,
Bien en hácaro de Túnez;

«En el seno de una bella,
Ó prendidas en sus bucles,
Ó en las manos de un mancebo
Que os besara ardiente y dulce,

«Tuvieran vuestros hechizos
Mayor balleza, más lustre
Que no en sitio tan agreste
Do ignorados se consumen.»

Así garrida zagalá,
Con oculta pesadumbre,
Besando unas florecillas
En triste acento prorampo.

Y ellas, mediándose lentas
Por el céfiro que bulle,
Respondenle con susurros
Que todo un idioma encubren:

«Plácenos más el silencio
Que ningún estruendo turba,
Que el bullicio de esas cortes
Que al alma sencilla aturde.

«Plácenos más el ambiente
De aquestos campos salubres,
Que el que en el mundo se aspira
Y emponzoña aunque seduce.

«Plácenos más las estrellas
De la azulada techumbre,
Que el brillo de las bujías
Que rojas y opacas luceñ.

«Ornan nuestra frente, perlas
Que nos manda amiga nube:
La música de las aves
Gozamos sin inquietudes.

«No hay mano que nos marchite,
Ni labio que nos disguste,
Ni ansiros abrasados
Que nuestro candor deslustren.

«Y si alguien el tallo corta
Que con la tierra nos une;
Si en el pecho nos acoge
Con ternura y dulcedumbre,

«Es una gentil zagalá,
Cuya faz el pudor cubre,
Que, cual tú, con casto aliento
Vida y calor nos infunda.»

Tal hablan las florecillas
Y su corola sacuden,
Mientras inefable llanto
De ella á los párpados sube.

Y á poco, sobre la tierra,
Con union indisoluble,
Las lágrimas y el rocío
Como hermanos se confunden.

ANTONIO ARNÃO.

DON JESÚS DE MONASTERIO.

Si fuéramos á trazar la biografía del distinguido artista cuyo retrato podrán ver en este número los lectores de LA ILUSTRACIÓN DE MADRID, sería necesario que dispusiéramos de mucho espacio. El primer premio de violín, que obtuvo en el Conservatorio de Bruselas, los cuartetos del Conservatorio, los recuerdos que su magnífico violín ha dejado en todas partes, su talento universalmente reconocido, y últimamente, la dirección de los conciertos en el Circo de Rivas, son páginas artísticas que hablan en favor de D. Jesús de Monasterio mucho más que cuantos elogios pudiéramos nosotros hacer. Los artistas como Monasterio honran al país que tiene la dicha de poseerlos, y nosotros aprovechamos gustosos esta ocasión para dedicar al Sr. Monasterio el entusiasta tributo de la admiración que nos inspira uno de los primeros violinistas de Europa, el primer director de orquesta de España.

TEATROS.

TEATRO ESPAÑOL: *No la hagas y no la temas*, por Eusebio Blasco; *La fiesta del juicio*, comedia en un acto arreglada por N. Jovellanos; *Los ojos de la casa*, por los señores Larra y Marques.—ALHAMBRA: *Pizarro*, drama en cuatro actos y en verso, por D. Leandro Tomás Pastor.—BUFOS ANGELES: *Kaholón*.

Desde que el autor de *Baudera negra* y de *El arte de hacer fortuna* tuvo la ocurrencia—no diremos feliz, pero sí parejuna—de desarrollar la acción de una comedia en tres actos (*La familia*) en un comedor, esperábamos que no pasase mucho tiempo sin que otro autor dramático, perito en el arte culinario, nos hiciera entrar en la cocina; nunca presuimos, sin embargo, que nuestras miradas indiscretas hubieran de penetrar hasta una alcoba.

Eusebio Blasco, con un atrevimiento digno de mejor empleo, ha descubierto un filon rico en situaciones cómicas, que bien explotado puede conducirnos á la contemplación de los secretos más escondidos de la vida conyugal.

Cuando se levanta el telón para dar principio á la representación del proverbio *No la hagas y no la temas*, encuentra el público, sin previo aviso, con que le han obligado á introducirse en la alcoba de una mujer hermosa y joven, y no tenemos necesidad de advertir si sorpresas de esta índole pueden ser peligrosas. Allí está en primer término el lecho suntuoso, y en él, profundamente dormida, la Eva encantadora de aquel paraíso en miniatura: la susodicha Eva es, por lo que en el curso de acción llega á saberse, una señora casada que espera (cómodamente por ahora) á su esposo, y con esta noticia alarmante suben de punto la intranquilidad y el desasosiego de los espectadores.

Amigos nosotros de la libertad en todas las manifestaciones de la actividad humana, admitimos aquella *regna potestas quilibet audente* que Horacio concede graciosamente á los poetas y á los pintores; pero al admitirle exigimos también que el artista corresponda con un empleo digno, prudente y juicioso, á esta concesión. Por esto cuando un poeta nos lleva de acá para allá, desde el empíreo á los antros infernales, desde la región de las nubes hasta el fondo del mar, desde el planeta Júpiter á la Osa Mayor, no deploramos las molestias llevaderas del viaje; pero solemos sentir su inutilidad completa. Que Huerta, encerrado en el mezzuino, en el reducidísimo círculo de las tres unidades clásicas, incurriera al escribir su *Raquel* en absurdos evidentes, en contradicciones numerosas y en grandes inverosimilitudes, comprendéas bien; pero que el autor de una comedia de magia, cuando puede dar rienda suelta á su inspiración, cuando está autorizado á poner en olvido toda clase de exigencias, emplee tales medios para decir media docena de vulgaridades, ni se comprende, ni puede disculparse.

Y volviendo á la alcoba, abandonada por un momento, su simple aspecto hace temer al espectador reflexivo, que muy pronto van á verificarse temerosos acontecimientos: el tranquilo sueño de aquella joven, en cuyo sereno rostro se adivina la calma de la virtud; el silencio de la noche alterado solamente por el acompasado sonido de un reloj; la criada cuidadosa que vela cerca de su señora, todo parece revelar que el poeta prepara á los espíritus sensibles una no interrumpida serie de emociones. Quién se figura que no tardará en presentarse un

Otelo furioso que, puñal en mano, se precipite sobre la desprevenida joven; cuál otro aguzza el oído esperando oír la tos seca y desconsoladora de *La dama de las camelias*; nada de esto sucede. Pasados algunos minutos óyense dos prosáicos alabanzos y un más prosáico repique, y para que el desencanto sea del todo completo: «Rodríguez, Rodríguez», grita llamando al sereno el esposo de la mujer dormida; la cual continúa durmiendo como una bienaventurada, con que se demuestra que ni tales horas de retirarse son extraordinarias para el marido, ni es la impaciencia el vicio dominante de la mujer.

El esposo enlaza—el mismo de siempre—aparece por último; penetra en la alcoba, como señor y dueño que es de ella, arroja el abrigo al sofá, tira el sombrero sobre un valador y se deja caer encima de una butaca, frotándose las manos con un aire de satisfacción poco agradable para quien lo ve, que magníficamente dirige su vista hácia la embocadura presumiendo, con motivo fundado, que en aquel mismo punto bajará el telón discretamente.

No sucede así; el protagonista no ha entrado en la alcoba con el propósito de entregarse al descanso, como podría figurarse cualquiera; otro ha sido su intento, es á saber: estudiar con el detenimiento y la madurez que el caso exige la perfección ortográfica y sintáctica de una epístola amorosa que aquella noche ha recibido. No falta quien dice que para tales distracciones los maridos de esa estofa no eligen precisamente la alcoba conyugal; pero estas son nimias cavilosasidades, el hombre quiere leer la carta en cuestión, y para realizarlo tanto vale aquella alcoba como otra habitación cualquiera.

La pacífica esposa continúa durmiendo—y así pasa el acto—pero pronuncia entre sueños un nombre: *Federico*, y este nombre, amorosamente repetido por la bella soñadora, es causa de que el marido sienta su alma despedazada por los celos; llama á la doncella y la interroga, llama al criado y le pregunta, vuelve á llamar á la criada, torna á preguntar al fámulo, y una y otro salen y entran alternativamente en el santuario del amor, vestidos y arreglados como si fueran las nueve de la mañana; y es que en aquella casa hay evidentemente malas costumbres. El esposo, fuera de sí, coge su revolver y... lo deja. Caen el telón.

Despréndase de lo que llevamos dicho que la exhibición del lecho ni está justificada, ni es admisible. Entre lo que en el teatro puede decirse y lo que debe callarse, entre lo que es lícito sacar á las tablas y lo que debe permanecer oculto, hay un límite—que nosotros no determinaremos—pero que el autor de buen gusto nunca traspasa. Y ese límite, ya que no por las reglas, vagas siempre, indefinidas, fíjase constantemente por el instinto artístico, que, si es tal, muy raras veces se equivoca.

Y es—en nuestro concepto—tanto más censurable la extravagancia á que aludimos, cuanto menos necesaria la consideramos para el desarrollo de la acción. Tres palabras, tres sílabas pronuncia en sueños la esposa dormida: «*Federico, Federico mío*». Y ¿es para esto sólo para lo que ha juzgado necesario el autor principiar su obra en la alcoba y oírse en primer término el espectáculo de una mujer acostada? Pues el público sensato tiene derecho para decir á ese escritor: «lo que yo creía un recurso ingenioso es pura y simplemente un capricho extravagante y pueril; ninguna necesidad tenías de ese lecho que intempestivamente ofrezcas á mi vista, y yo rechazo el cuadro por injustificado, impertinente y de mal gusto.»

El autor de *No la hagas y no la temas* tiene, sin embargo, y sería notoriamente injusto negarlo, condiciones de poeta cómico: verdadera *chispa*, gracejo natural, espontánea viveza y lo que vulgarmente suele llamarse *bueno sabor*; á esto se debe que la mayor parte de sus obras, y casi podríamos decir todas ellas, hayan sido bien recibidas y se vean siempre con verdadera complacencia. Y como sucede ordinariamente que al hombre débil y antojadizo por naturaleza—aspira á realizar con tesón aquello que más contrario es á su carácter y á sus disposiciones, Blasco, poeta cómico, escritor festivo, que puede brillar y brillará sin duda en este género, obstínase ahora en filosofar, saltando bruscamente desde *La suegra del diablo* y *Pablo y Virginia*, á *El pañuelo blanco* y *No la hagas y no la temas*; entre aquel género y éste preferimos el último; pero sería bien que el poeta nos hiciera gracia de sus tendencias inocentemente moralizadoras y filosóficas.

No somos de los que exigen en el autor dramático una intención profunda; no somos de los que pretenden que en cada comedia exista verdadera enseñanza; pero cuando vemos en el escritor aspiraciones de maestro, si podemos pedirle que instruya y que deleite.

No la hagas y no la temas tiene—al parecer—un fin

moral; el autor se ha propuesto en ella ofrecer una lección saludable á los maridos malaveras y disipados; pues bien—obsérvese esta circunstancia—al deseo de decir un chiste sacrifica el poeta ese fin.

Por lo demás, lo que en la comedia sucede reduce á un doloroso contraste.

Un hombre loco, mujeriego y distraído, juzga infiel á su esposa; pero tales sospechas se destruyen pronto ante la evidencia de su fidelidad, de su virtud y de su amor; un hombre, leal y laborioso, otro hombre, prudente y confiado al mismo tiempo, cree perfecta á su cónyuge y precisamente su cónyuge lo engaña y le pone en ridículo.

Digase ahora si el autor de *No la hagas y no la temas* se ha propuesto demostrar algo, y si caso de que efectivamente se lo haya propuesto no ha demostrado lo contrario.

Ambiguo y sibilítico, como profecía de Pitonisa, es el consejo que de la comedia se desprende.

«Confía en tu esposa», dice por una parte el ejemplo de aquel marido, que incurrió en la ridiculez de tener celos de un hijo *novato*. «Desconfía de tu mitad», dice por otra la contemplación del pobre médico á quien su esposa vende torpemente.

No la hagas y no la temas lleva por título el proverbio, esto es: «se fiel á tu esposa y no temas su infidelidad»; y en efecto, el autor presenta en escena dos maridos, el uno infiel, á quien su esposa ama, con delirio y perdona sus travasuras; el otro fiel, á quien su mujer engaña.

Donosa lección para la juventud inexperta!

Y es que Blasco, ya lo hemos dicho, es por su carácter, por su naturaleza y por su condiciones escritor festivo. Conseguirá tal vez, porque tiene claro talento, violentar sus propias inclinaciones, y escribir en serio y pensar maduramente; pero en lo más grave de su meditación surgirá de su juguetona mente un chiste y allí lo estampará entre sesudas disertaciones, bien así como el hombre alegre y de buen humor que pretende simular enojo, suelta en lo mejor de su plática una ruidosa cargada que da al traste con su formalidad aparente.

El chiste final de *No la hagas y no la temas* es de gran efecto, excita la hilaridad, se agranda siempre; pero destruye precisamente todo el pensamiento fundamental de la obra.

Hace muchos días que cesaron en el teatro de Jovellanos las representaciones de *Los hijos de la casa*, versión original del insagotable Larra. Con imaginarse una especie de *soneto* amoroso, Pulano, enamorado de menegana, ésta prendada de Zutano, éste, á su vez perdido por una segunda, la cual adora á un tercero y así sucesivamente, sin que sea posible conseguir un arreglo entre miles amantes, que según la frase gráfica de un espectador... *alinea todos por la derecha*, formase una idea aproximada del libro: libro que termina allí donde el poeta ha creído que debía poner punto á una serie interminable de dolorosísimas aventuras.

Más efímera que la de ésta fue la vida no muy honrosa de *Kaholón*, que presenciaron con escándalo el pueblo la primera noche y los acomodadores la segunda en el teatro de los Bufos.

Si desde el desagradable recuerdo de *Kaholón* pasamos al examen del drama *Pizarro*, habremos de confesar que la impresión es grata y el contraste notorio. Allí todo chocarrero, aquí todo elevado; allí un cúmulo de obscenidades, aquí pensamientos discretos; allí la muga desvergonzada de los bufos, aquí la inspiración elevada y digna del verdadero drama.

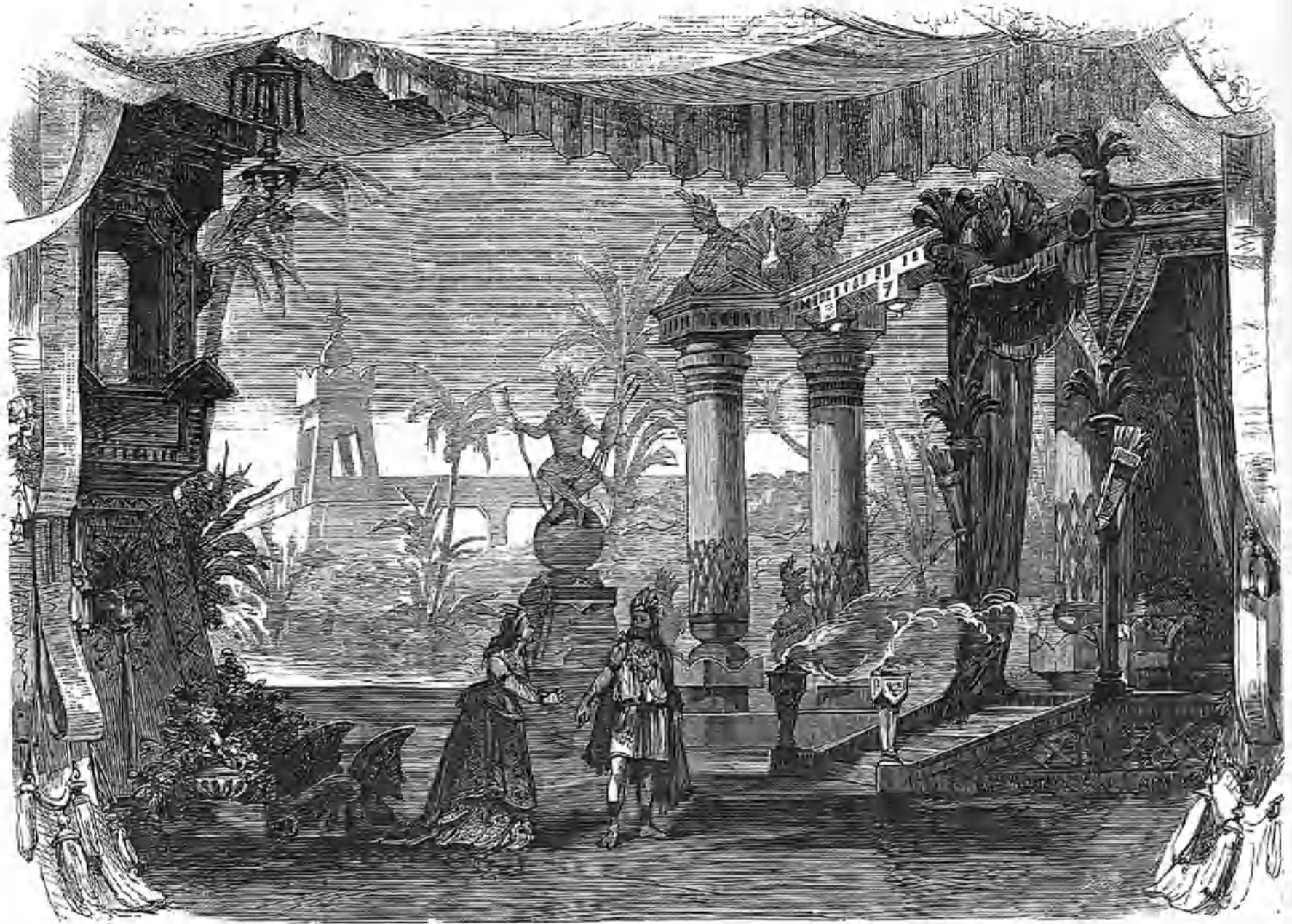
Pizarro no es, quizá, una verdadera obra dramática; precipitábase en el curso de la obra los acontecimientos; uacen rápidas las pasiones, y, sin embargo, la acción se desarrolla con languidez; pero el protagonista es un carácter bien dibujado y hay en la forma, galanura y elevación.

Dicen de *La fiesta del juicio* que es una comedia lindísima; no hemos de negarlo; pero fundar una obra dramática en un dolor de muelas pareceos superficialidad excesiva.

Entre ambos extremos elegiríamos como más grave y más entonado el drama *Regeneradores y moralistas*; que nada menos que así se intitula uno que en Lope de Rueda obtuvo hace pocos días ruidoso éxito.

No hemos visto el drama. Hemos tenido noticia del éxito, y ya conocíamos el título; libémos el señor de llevar más adelante nuestras investigaciones.

A. SANCHEZ PEREZ.



DECORACION DEL PRIMER ACTO DEL DRAMA "PIZARRO Ó LA CONQUISTA DEL PERÚ."

CÓDICE AMERICANO DEL SEÑOR MIRÓ.

Al ocuparnos en nuestro número anterior del *Estudio de las piedras preciosas* publicado por D. José Ignacio Miró, mencionamos la rica y preciosa colección de objetos históricos, artísticos y arqueológicos que, á fuerza de viajes y dispendios, ha llegado á reunir, no sólo en joyas, sino en mobiliario, en cerámica y aun en documentos escritos.

Entre estos últimos cuéntase, y el Sr. Miró lo cita en la página 139 de su obra, uno de los tres códices que Hernán Cortés trajo á España cuando regresó de Méjico, en 1540. Hoy, que merced á las doctas y pacientes investigaciones de Mr. Brasseur de Bourbourg y de otros sabios modernos, comienzan á interpretarse con seguridad los jeroglíficos americanos, inútil parece que nos detengamos á ponderar la importancia de tales documentos para la historia, poco conocida, de los antiguos pueblos de América, que tanto llegaron á adelantar en civilización, presentando ésta muchos puntos de contacto con la de Egipto, que los trabajos de Champollion, Mariette, Lepsius y otros han puesto ya casi por completo al alcance del público.

La importancia de los manuscritos americanos es tal, que de los otros dos traídos por Hernán Cortés, consérvase el uno con singular estimación en la Biblioteca de Dresde, y ha sido el otro reproducido magníficamente y á todo coste, con ilustraciones notables, por una comisión francesa, que comenzó á conocerlo y estudiarlo en la Exposición universal de 1867, en que figuró.

Deseara, pues, LA ILUSTRACION DE MADRID contribuir, en la medida que está á su alcance, al fomento de tan interesantes estudios, ha rogado al Sr. Miró se prestase, como generosamente lo ha hecho, á dejar reproducir parte del códice de su pertenencia, por medio del grabado que damos en este número, sin perjuicio de

insertar en uno de los próximos descripción y juicio más detenidos de un monumento tan notable por su antigüedad, por su rareza y por su valor histórico.

DECORACION

DEL PRIMER ACTO DEL DRAMA
"PIZARRO Ó LA CONQUISTA DEL PERÚ."
REPRESENTADO EN EL TEATRO DE LA ALHAMBRA,
EN 25 DE FEBRERO DE 1871.

Esta preciosa decoración, pintada por el inteligente artista escenógrafo Sr. Ferrí, representa la magnífica posesión de recreo y baños de los Incas en Quito, donde el emperador del Perú recibió la embajada de Pizarro y prometió visitarle en sus reales de Cuzamalcá; con cuya ocasión y heroico hecho del caudillo español tuvo efecto la conquista.

SILENCIO.

Ignoro si es dulce error,
Pero tengo unos autojos: .
Que tus ojos y mis ojos
Hablarán, mudos, de amor.

No sé si replicarás,
Mas si ha de ser en mi lengua.
Estas queda la lengua
Y hablen los ojos no más:

Que há tiempo voy observando
Que, si amor el alma siente,
No hay nada más elocuente
Que dos amantes callando.

Una en otra la mirada.
Habla el alma estremecida
Con frase no interrumpida.
Cual murmurio de cascada;

Y, cual con cadenas de oro,
Se entrelaza lisonjero
Un ¡te quiero! á otro ¡te quiero!
Un ¡te adoro! á otro ¡te adora!
Dajo, pues, que mi esperanza
Nuestro silencio bendiga,
Mientras con los ojos diga
Lo que la lengua no alcanza.

JULIO MONTEAL.

SOLUCION

AL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR:
Manos dadas pelan huesos que se largos delos.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		EN COMBINACION CON EL IMPARCIAL.	
Tres meses	22 ¢	EN MADRID.	
Medio año	42 ¢	Tres meses los dos	35 ¢
Un año	80 ¢	Medio año	68 ¢
EN PROVINCIAS.		Un año	100 ¢
Tres meses	26 ¢	EN PROVINCIAS.	
Seis meses	50 ¢	Tres meses los dos	59 ¢
Un año	90 ¢	Medio año	95 ¢
EN LA PENINSULA Y EXTRANJERO.		Un año	130 ¢
Medio año	45 ¢	EN LA PENINSULA Y EXTRANJERO.	
Un año	80 ¢	Tres meses los dos	200 ¢
AMERICA Y ASIA.		Un año	360 ¢
Un año	210 ¢		
Cada número suelto en Madrid	4 ¢		